

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS

Azaña y Lerroux



Aunque ninguno de los dos necesitan revalidar sus cualidades de excepción, después de sus últimas intervenciones parlamentarias, Alejandro Lerroux y Manuel Azaña destacan sobre el panorama nacional, como las figuras alrededor de las cuales ha de girar toda la política del país, al cual han prestado, generosamente, los máximos servicios

la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cataluña, 9. Tel. 14.160

•••••

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

•••••

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

LA SEMANA POLITICA LA ADMIRABLE INTERVENCION DE D. ALEJANDRO LERRoux, EN LA DISCUSION DEL ESTATUTO DE CATALUÑA

EL Estatuto de Cataluña ha continuado, esta semana, en primer término en el panorama político nacional, aumentando extraordinariamente la trascendencia de su discusión con motivo de los discursos pronunciados en el Parlamento por don Amadeo Hurtado y por el jefe del partido radical, don Alejandro Lerroux.

En nombre de la minoría de Izquierda Catalana, el señor Hurtado defendió la totalidad del dictamen de la Comisión de Estatutos, contrastando, en primer lugar, la actitud de los ilustres universitarios castellanos de principios del presente siglo, que, recogiendo el ambiente popular de su época, se pusieron al lado del movimiento catalanista de entonces, con la de los de ahora que, encerrados en su torre de marfil, no siguen aquel ejemplo.

Hizo constar luego que el Estatuto estaba encuadrado perfectamente dentro de la Constitución; que las Cortes son completamente soberanas para exponer la voluntad sobre los proyectos presentados y tomar decisiones con arreglo a su soberanía; que no había derecho a desconfiar de una región autónoma, que es un organismo del Estado como otro cualquiera; que el sentimiento expansionista del espíritu catalán que fué contra la monarquía irá también contra los residuos de los sentimientos monárquicos de España; que nada importa lo que digan los separatistas de Castilla ni de Cataluña, que son los representantes del nacionalismo particularista de ideales pequeños, pues con la aprobación del Estatuto se habrá dejado sin objeto su vida, y que en la Sociedad de Naciones se trató de las mi-

norías nacionales, se opuso a que se adoptaran decisiones en contra de los intereses de los Estados predominantes. Y, finalmente, expresó que había que rechazar el fantasma del separatismo, que no es nada, y que ellos tenían que trabajar para que España sea grande, ya que los cuatro siglos de unidad ficticia no han producido nada práctico.

El señor Lerroux, en esta ocasión, no ha consumido un turno contra la totalidad del Estatuto, como era reglamentario y esperaban los partidarios de estridencias inútiles y del patriotismo de "La Marcha de Cádiz", influenciados por un unitarismo contraproducente. El señor Lerroux, que tenía pendiente de su discurso la atención de toda España, que vive en la realidad, que conoce el ambiente real de los pueblos de la Nación y que tiene un espíritu profundamente liberal, no ha combatido el Estatuto de Cataluña. Ha fijado su actitud, ha definido su posición respecto al mismo, situándose en un término medio, con una alteza de miras y con una delicadeza de procedimientos propios de un estadista de la altura y de las condiciones políticas del jefe del partido radical.

En su magnífico discurso, que ha sido elogiado por hombres de todos los sectores de la vida nacional, el señor Lerroux aludió al Pacto de San Sebastián y al detalle de que después de tantos años de lucha, las representaciones de los partidos catalanistas, de acuerdo con los partidos republicanos, se avenían a traer su pleito a las Cortes Constituyentes de la República,

ofreciendo que cuando este hecho tuviese lugar ellos se supeditarían a lo que resultase como acuerdo de las mismas Cortes.

Habló de la invasión napoleónica que determinó la guerra de la Independencia nacional, no de la independencia regional, y del movimiento catalanista que se produjo en los alrededores del 1900, y en el cual él representó las aspiraciones, no solamente de españoles, sino también de muchos catalanes que no habían perdido la serenidad y entendían que el separatismo era una demencia que a quien primero de todos perjudicaba era a Cataluña.

Refiriéndose al hecho diferencial, dijo que era bien patente su existencia y que la República no tenía derecho a soslayarlo, porque la República si ha venido a algo ha sido a reorganizar el Estado, ha sido a hacer una Patria nueva, ha sido a afrontar todos los problemas valientemente, en plenitud de responsabilidad y de conciencia; y que soslayarlo no era resolverlo, y un Gobierno que lo soslayara no haría más que adquirir una responsabilidad criminal, porque habría cometido un delito de lesa patria.

Hizo observar que si los que en el resto de España hacen campaña contra el Estatuto de Cataluña lo hubieran leído, lo conocieran, no se habría formado el ambiente de pasión que se ha formado.

En cuanto al Estatuto en sí, afirmó que era maximilista, y que él hubiera concedido un dictamen mediante el cual el Estatuto de Cataluña, para Cataluña, hubiese tenido

la flexibilidad bastante para que, planteando, en principio, todas las aspiraciones que se pretenden realizar, no levantasen suspicacias patrióticas, porque de este modo se hubiera encontrado manera, practicando el Estatuto en la sucesión del tiempo, de poder demostrar rápidamente la competencia y la experiencia necesarias para hacerlo en la plenitud de facultades a que se aspira por Cataluña.

Estudió el dictamen de la Comisión detenida y hábilmente, sobre todo en los extremos relacionados con el Ejército y la Hacienda, exponiendo conceptos muy interesantes que impresionaron a la Cámara, y terminó exponiendo que saben los radicales que anda suelta la anarquía en el espíritu y muy libre la anarquía social, que está perturbando el campo, y quieren que en todo momento el prestigio de la autoridad y la autoridad del Gobierno tengan la máxima asistencia, y tienen la suya, la de los radicales, para dominar todos estos conflictos en cuanto la República o el Parlamento puedan correr el menor riesgo. Y en cuanto al Estatuto de Cataluña, podía contar con sus votos, con una reserva: la reserva de que en la fórmula definitiva no haya nada que atente a lo que, según su juicio, constituye la unidad nacional.

He aquí un gran discurso, como ha dicho el señor Azáña. El discurso de un gran estadista que vive y siente los problemas de su Patria, y que se eleva por encima de las pasiones y de las luchas personales, para hablar con el cerebro claro y despejado y con el corazón abierto a la cordialidad y al afecto de todos los españoles.

LIBRO interesante, libro meditado y documentado este en que Santiago Valenti Camp estudia el proceso evolutivo—largo y lento—de la mentalidad y de la sensibilidad femenina. Libro sincero y profundo—de historia, de análisis, de crítica y, también, de rehabilitación y de exaltación de la mujer—este en cuyas páginas campea el talento de un sociólogo, del mismo que, apto para todas las actividades y gimnasias todas del pensamiento, nos hablara años ha, de la «Antropología criminal y las disciplinas afines» de «La democracia social alemana y su organización», de las «Vicisitudes y anhelos del pueblo español» en momentos grises, esteparios, de infinita planicie moral y de dudosa redención...

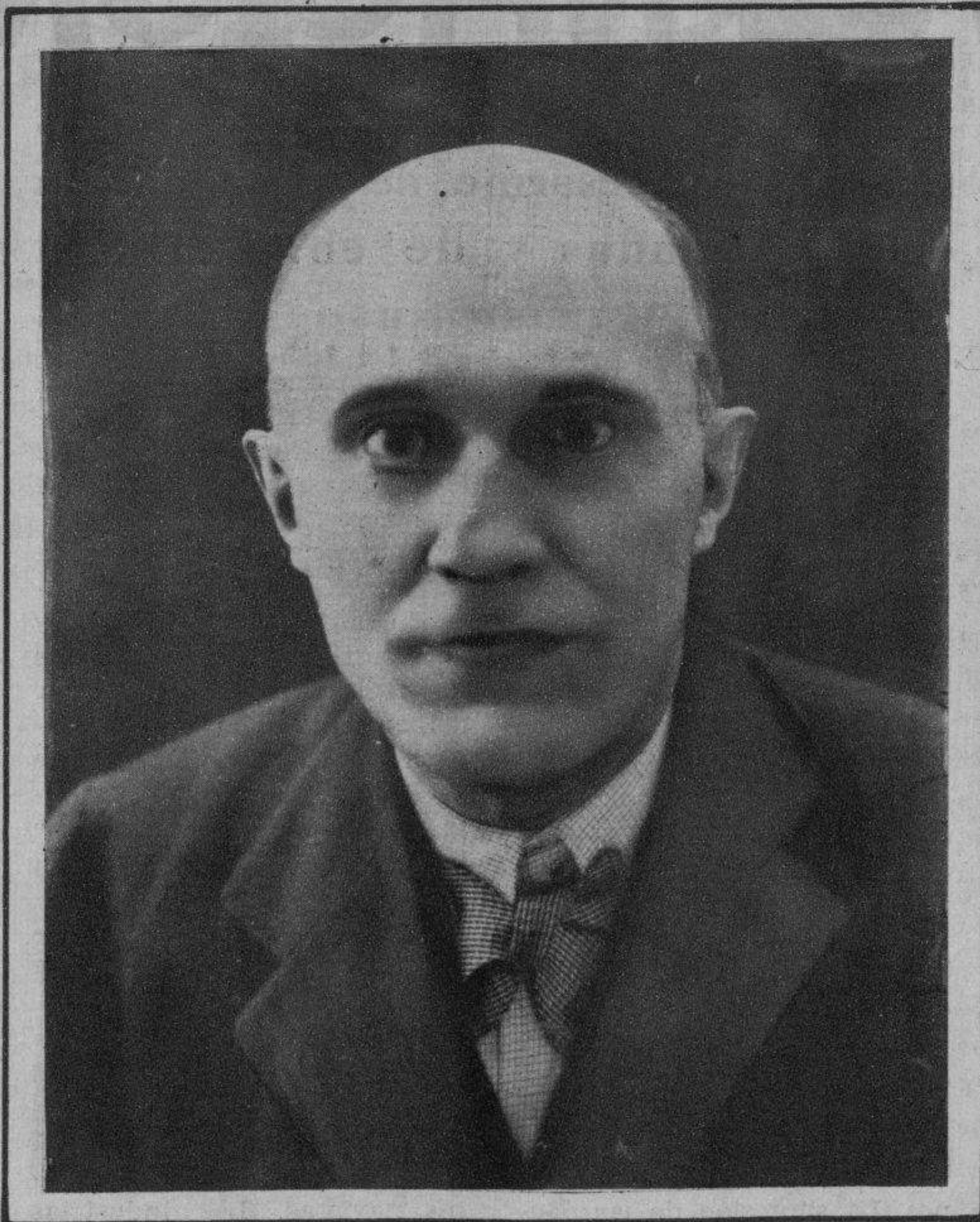
Valenti Camp, hombre de biblioteca, pero asimismo ciudadano de la calle, atento a todas las pulsaciones más o menos sonoras del género humano, en constante oteo, abarcando con su mirada zahori todos los problemas que va planteando la sucesión de los días, no podía permanecer indiferente y mudo ante el movimiento feminista que ha de revolucionar el mundo, reformando las costumbres y aun el carácter étnico de las razas. Que si ayer era degradada en ciertos pueblos de Oriente la mujer, y menospreciada en Persia, y oprimida en Atenas y envilecida en África y tiranizada en la India y convertida en bestezuela en Lacedemonia y en la Roma de los Césares, en nuestros días se afana por redimirse e incorporarse, como factor de positiva eficacia, a la colectividad enfrentada con el porvenir.

Este anhelo de liberación, este ansia de independentismo, este deseo irrefrenable de afirmar la mujer su «yo», no era posible que pasaran inadvertidos por quien, como Valenti Camp, ausculta e investiga en el alma humana, recogiendo todos sus latidos, todos sus tumultos y todos sus jocundos ortos. Y por saber que la historia de la humanidad no podrá escribirse en tanto que la educación se limite a una sola parte de la humanidad, el autor de «La mujer ante el amor y frente a la vida», ha hecho, destacando los valores positivos del feminismo que frecuenta las aulas, que penetra en los laboratorios, que ocupa el foro y que interviene en la vida política, una aportación valiosa a la obra, que es obra de todos, del progreso, de la civilización.

Valenti Camp es hombre de amplia y clara visión. Como buen liberal, como buen demócrata, como buen republicano.

LECTURAS

VN·LIBRO·DE VALENTI·CAMP



De conciencia emancipada, quisiera ver todos los espíritus anegados en luz, sin una sola sombra, horros de dudas, limpios de prejuicios ancestrales, desenraizados del ayer tenebroso.

Radical, no transige con la limitación, con la estrechez y la sequedad que una moral en quiebra trata de imponer para ir perpetuando la ficción y haciendo eternas todo linaje de mixtificaciones. Lo desconocido, lo insospechado, le encanta, y constituye para él un placer derribar baluartes que la incomprensión o el tartuflismo levantó para anidar rancias ideologías y mantener momificados el pensamiento y el sentimiento.

Su inquietud espiritual le veda contemplar las huellas de los siglos, permanecer como en éxtasis ante plintos rotos o ruinas cuyo valor histórico no le interesa. Nacido en otra época—la de las orgías románticas, la del endecasílabo heroico, la de unos cánones estéticos que tuvieron su origen en la embriaguez parnasiana—, ha sabido marchar al ritmo de las horas, incorporándose a las falanges iconoclastas, renovadoras, con todos los poros del alma abiertos e imantada la retina por la luz del mundo en formación.

Sólo así se explica que haya podido dar cima a una empresa que requiere entusiasmo y optimismo y fe en el propio impulso, a una empresa para la cual son necesarios un concepto novísimo de la ética, un conocimiento perfecto de la mecánica moral y una voluntad firme de apóstol. Que es labor paciente la de ir anotando y clasificando sugerencias, observaciones, revelaciones e iniciativas que únicamente un sociólogo sagaz mide y pesa y cubica y valoriza antes de acuñarlas y ponerlas en circulación.

En este libro que hemos leído con verdadera delectación, Valenti Camp se muestra en toda su amplitud y diafanidad ideológica, proclamando las ventajas del amor libre, abriendo nuevos y anchos cauces al sentimiento, destruyendo mitos, aventando atrabiliarias concepciones de la

sensualidad, afirmando el poder de la Eva moderna como agente constructivo y colmando, en fin, un arco floreal sobre las testas femeninas, nido ayer de todas las policromadas avecillas de la ilusión, y hoy fragua donde se forja el pensamiento que tanto ha de beneficiar a las nuevas generaciones.

Es el de Valenti un libro que acaso escandalice a gentes rutinarias y nocivas por inofensivas, un libro que obliga al lector a meditar, que en algunos capítulos le enfebrecer o le estremece, que en otros parece como que le eleva al infinito; un libro esencialmente, profundamente humano; pero ameno; pero cautivador.

Los que leímos, en los días luminosos de nuestro mocerío, «La mujer», de Severo Catalina, y ahora, cuando todas las brumas del recuerdo nos amurallan el alma, leemos «La mujer ante el amor y frente a la vida», experimentamos una inmensa emoción, intensa y tremante: la que produce toda pluma puesta al servicio de la verdad, de la bondad, de la belleza, los tres vértices del gran triángulo en que se contiene el Progreso.

—o—

Valenti Camp conoce como pocos el problema del feminismo. Y, además, cree en la mujer de hoy, precursora de las grandes conquistas feministas de mañana. Dijérase que no tiene para él secretos el mundo interior de la mujer, que conoce a la perfección ese mecanismo complicado que hay en la fémina actual, tan distinta de aquella otra que sólo soñaba en sus horas de tedio,

«con un acerico y una Santa Gertrudis de alcorza»...

Y es que este sociólogo eminente, este buzo de todos los mares del conocimiento, este investigador infatigable, observa siempre, cataloga, selecciona y alambica para obtener la esencia pura de un gesto, de un ademán, de un mohín, de un aliento...

Así pudo, sin esfuerzo, plasmar en su libro, estimable, recomendable como itinerario espiritual, la diversidad, la multiplicidad de anhelos, de fervores, de ansias, de inquietudes, de aspiraciones y de energías que laten y bullen, se arremolinan y se encrespan en el corazón, inmenso, de la mujer, razón suprema, numen, eje, síntesis y luminar nuestro...

Valenti Camp ha tenido un acierto, uno más de los que le animaron a seguir por la ruta felizmente emprendida.

PEDRO NIMIO



PANORAMA INTERNACIONAL



ES indispensable el desarme y la supresión de las deudas, para llegar a la normalidad económica, ha dicho Brüning en el Reichstag. Y en esto quizá tenga parte de razón el canciller alemán. La situación resulta cada día más apurada en los países del Centro y Oriente de Europa, y todo lo que signifique una presión encaminada a gestionar el pago de las reparaciones de guerra, aumentará el agobio de aquéllos y hará más insostenible su vida.

Evidentemente, el desarme, para llegar al cual han demostrado más interés y más vivos deseos que nunca las potencias que han tomado parte en la Conferencia de Ginebra, y la supresión de las deudas, que algunas naciones estiman conveniente, constituirían la desaparición de dos de los principales obstáculos que se oponen firmemente a que la economía mundial vuelva a su normalidad. Pero no son sólo ellos los que impiden el restablecimiento de tal normalidad. Otro factor importante que lucha sin descanso para que la misma no llegue, o, por lo menos, que tarde todo lo posible, como ha procurado y procura, por todos los medios imaginables, fomentar la perturbación en todo el mundo, son los soviets, el comunismo ruso. Ante el ruidoso fracaso de su política, de su actuación, no encuentran actitud más adecuada para poder continuar tranquilamente "gobernando" Rusia, que la de sembrar la discordia y procurar la rebelión en todas las naciones. Naturalmente que no se salen, en absoluto, con la suya; mas hay que reconocer que en algunas lograron que arraigaran sus propósitos, aunque no de tal modo que no pudieran ser anulados tras violentas y enconadas medidas de defensa y protección.

He aquí, pues, los tres factores que impiden que la normalidad económica del mundo tenga una efectividad: el exceso de armamentos, las deudas de la guerra y el virus ruso. Porque aun en el caso de que desaparecieran las

La normalidad económica del mundo, depende del desarme, de la suspensión de las deudas y de combatir el «virus» ruso

dos primeras causas, si no se está sobre aviso, en todo momento, para evitar el desarrollo de la última, tampoco será un hecho efectivo y permanente la normalidad en cuestión.

Claro está que hay que empezar por lo primero. Y lo primero es el desarme y la supresión de las deudas. El desarme, como ha dicho Brüning, empezó hace doce años, cuando se obligó a desarmar a Alemania; y debe continuar ahora, como resultado de la actual Conferencia de Ginebra, porque si no ocurriera así y ésta fracasara, se derivarían, indudablemente, consecuencias políticas de extrema gravedad que repercutirían, de modo fatal, en la economía de todas las naciones. La supresión de las deudas debe, igualmente, acordarse, porque en ella radica principalmente la salvación de Europa. Si no existe una verdadera cooperación entre todos los pueblos, no se hará obra ninguna de provecho, y

tal cooperación sólo puede realizarse dando por terminada la separación que existe entre los países deudores y acreedores.

Se impone, por lo tanto, la supresión de las deudas, porque cuanto más cohibida y abrumada esté Alemania, más difícil le será luchar y salir del atolladero en que se encuentra. La presión enorme de las reparaciones no la deja desenvolver sus energías y la ata de pies y manos para poder intentar cualquier solución que tienda a hacer resurgir la potencialidad de aquel pueblo.

Las organizaciones bancarias alemanas están bajo el control del Estado, en evitación de su quiebra definitiva. También lo están las empresas navieras. Las industrias siderúrgicas y del carbón sufren grandes pérdidas. Este solo detalle pone de relieve la imprescindible necesidad y conveniencia de suprimir las deudas, antes de que venga la ruina total de Alemania, y

con ella adquiera fantásticas proporciones el hundimiento de la economía mundial. Si los Gobiernos de los países europeos tienen instinto de conservación, no se opondrán lo más mínimo a dicha supresión.

Porque no es únicamente lo apuntado lo que refleja la situación de Alemania. Hay otros detalles más edificantes. Más trágicos, más pavorosos. Uno de ellos, el principal, es el número de obreros sin trabajo que actualmente existe allí: seis millones. Que con sus familias, se calcula que representan quince millones de personas. ¿No significa nada, no dice nada, esa aterradora cifra?

Y luego hay otros sectores sociales, como la clase media y los pequeños industriales y propietarios, que viven con muchas privaciones, que viven miserablemente, pues sus sueldos y sus modestos negocios y rentas, gravados extraordinariamente, a plásticos materialmente a fuerza de impuestos, para atender al socorro de los parados, apenas les bastan para mal comer. En una palabra, que la situación de Alemania empeora más cada día.

Y lo mismo ocurre en toda la Europa central y oriental. En Grecia se teme que su suspensión de pagos se extienda y propague a los otros países balcánicos y del Danubio, originándose una paralización total de crédito. Ello traería como consecuencia inevitable una moratoria general de todos los pagos alemanes, con grave peligro y perjuicio para los países acreedores como Norteamérica, Suiza, Inglaterra y Holanda.

¿Estos antecedentes, no son bastante claros y elocuentes para tomar, sin demora, una determinación que evite el caos que amenaza a la economía mundial? Es de creer que el buen sentido se impondrá y que saldrán los pueblos europeos de la angustiosa situación que están atravesando.

Carlos BERNAL

París y mayo, 1932.

En plena República o el paraíso de los cavernícolas

Días atrás se publicó en la "buena Prensa" barcelonesa una detallada nota dando cuenta de un acto en homenaje a una damita moderna Juana de Arco (?), que se resistió a pagar una multa impuesta por el gobernador con motivo de perturbar el orden en la representación de determinada obra en un teatro del Paralelo.

Según la mencionada nota, el homenaje constituyó un éxito... y la "buena sociedad" dió una muestra de cómo sabe apreciar los "méritos contraídos".

Francamente, opinamos que quizás se ha equivocado de táctica el señor Moles para castigar estos desvelos y sacrificios que en favor de la religión, contraviniendo las leyes de la República, vienen haciendo estas modernas iluminadas. Creemos hubiera sido más eficaz y práctico que en lugar de sufrir una prisión preventiva se las obligase a prestar sus servicios durante un número determinado de días en algún hospital de infecciosos u otra obra análoga de caridad, ya que así se evitarían actos en reconocimiento a los "méritos contraídos" y los castigos redundarían en beneficio de los necesitados.

DE VIERNES A VIERNES

EL PROBLEMA DE LA REPUBLICA ¿ES UN

CALLE de Alcalá arriba, camino con el pensamiento fije en el artículo que he de escribir para LA CALLE. Vengo de hablar con Lerroux, he pasado la mañana buceando en todos los fondos y ya está clara la visión y puedo comentar, sin miedo a equivocarme, lo que casi todos opinan sobre el tan esperado acontecimiento. Y entonces...

Entonces oigo que me llaman. Con el sincero afecto, y el respeto también, que le tengo, me acerco a él. Es un hombre que ha jugado momentos intensísimos de la historia patria; que en África, en Sevilla y en Madrid, fué árbitro de situaciones tremendas de las que supo salir aliroso para su mayor gloria. Un auténtico personaje de abolengo liberal, como hijo de los medios humildes.

—¿Qué se dice por ahí del discurso?— me pregunta—. Y yo tengo que contestarle con otra pregunta: ¿De qué sector quiere usted la opinión?

Porque esta es la gran verdad. El discurso de don Alejandro Lerroux, ha gustado o no, según las ideas del que escuchaba. Fué un gran discurso para los republicanos; fué una «birria» para los que no lo son y bien se ve hoy en las duras líneas de los periódicos extremos y en los halagos de quienes quieren conservar la República. De los socialistas no hablamos porque a ellos fué dirigida la primera parte de la oración, quizá la más descarada, a ellos la Memoria de «Alianza Republicana» que un radical escribió bañándola en cruda verdad y para ellos aquel floretazo del mítin de la Plaza de Toros que no olvidarán fácilmente. Hablamos, claro, de algunos socialistas ya que ellos mismos nos dicen que están divididos en sus apreciaciones del momento.

Y digo a mi amigo todo lo

PROBLEMA DE ALDEA?

que sé y aún las frases de don Alejandro que dentro de una hora publicará «Heraldo» y no es necesario repetir.

—Bien — me contesta—; el discurso ha sido un acercamiento a los partidos republicanos. Ese es un acierto. Y te diré más, sólo así y extremando el sentido de la autoridad, puede terminar todo esto que es un

pales también. He ahí el comentario insospechado a un discurso sobre el Estatuto de Cataluña que ahuyenta la elocuente oración de Hurtado, que nos proponíamos comentar, y la misma de Lerroux en la que andamos hace treinta y tantas horas.

¡Cuanta razón encierra! Las pequeñas autoridades puebleri-

ño, que casi no podía contenerla.

El alcalde. Cuando la dictadura derrocó un régimen político de cincuenta años, nombró alcaldes a quienes se le ofrecían. Lo fueron los eternos disgustados, los derrotados en todas las elecciones; en casi todos los sitios, los peores. Se fué la dictadura, habían desaparecido en los ocho años los viejos alcaldes casi vitalicios hasta ella y «la vara» fué a manos de los que habían sufrido más persecuciones y por ellas ganado prestigio. No eran ni monárquicos ni republicanos porque en los pueblos españoles entonces no se hablaba de eso. Y llegó la República. En el transtorno inicial revolucionario, estos hombres que habían ganado las elecciones y contaban con el afecto indudable de sus convencinos, fueron arrollados y los pueblos quedaron en manos de los audaces ¿quienes? Aquellos que fueron alcaldes del dictador y ahora se apresuraban a montar centros todo lo republicanos posibles. Estos hombres saltaron a la izquierda alocadamente y para sostenerse alentaron pasiones. Ese fué el grave error de Miguel Maura. Hoy saben además que la República es blanda en el castigo porque teme los comentarios, y así, según mi amigo, el problema es un problema de alcaldes.

¿Y los discursos? Degémoslos. Bastante comentarán hasta que salga LA CALLE todos los comentaristas. Este tema seguirá sin embargo virgen.

Alcaldes, jueces municipales; autoridades rurales, en fin, con un sentido de la autoridad, con majeza para sostenerla. Demasiado quizá, en la situación actual, con el Gobierno actual, con las Cortes actuales. Poco, si todos se fijaran en el porvenir más que en el presente.

En fin, otra vez, y... ¡quién sabe!

Luis de ARMISAN



problema rudo, pero en cierto modo ficticio. Es un problema de alcaldes...

La frase se me graba a fuego. La he oído otra vez, otras veces. Me la dijo Lerroux una mañana, el ministro de la Gobernación cierta madrugada y vuelve a presentarse de nuevo en labios de un hombre apolítico, pero con un claro concepto de la autoridad, que ha luchado mucho. Un problema de alcaldes, de jueces munici-

nas, árbitro de la vida rural y en conjunto de la del país; los hombrecillos que en los pueblos lo son todo. Yo recuerdo mi vida de niño, los comentarios que escuchaba en aquel Gaucin blanco de la serranía rondeña, las luchas terribles de hombre a hombre, de familias enteras por la posesión de «La vara». Las miradas temerosas cuando pasaba aquella autoridad inmensa en un pueblecillo tan pequeño, tan peque-

DIVAGACIONES

¿«CONLLEVAR», O «COLLEVAR»?

I

HACER política no es, solamente, usar o abusar del derecho de elegir y ser elegido. No es, tampoco, practicar la intriga, el "do ut des", votar un proyecto de ley, a tanto la cláusula, ni presentar una proposición incidental subvencionada. Hacer política es, además—debiéramos poder decir: es, al contrario—hacer cultura. Porque Cultura es urbanización y urbanismo (de "urbs", ciudad), y Política es ciudadanía y "ciudadismo" (de "polis", ciudad, también).

Ahora: Si hacer política es hacer cultura, y se comienza a hacer cultura haciendo lengua—haciendo, no deshaciendo—; hacer lengua será, asimismo, hacer política; hacer lengua española, hacer política española; hacer lengua castellana, hacer política castellana.

Cabe, pues, en las páginas de esta revista política una defensa de la lengua castellana.

I I

Hace unos días entró en el Parlamento una palabra. Entró a empellones, a codazos, asustando ujieres, enfadando corros, tropezando con reporteros que tomaban notas... La palabra irrumpió en el hemiciclo, trepó hasta un escaño y se sentó en las rodillas de un diputado constituyente. Un día después, el fenómeno quedaba registrado en el "Diario de Sesiones". "Preguntada la instrusa por su nombre, aseguró llamarse CONLLEVAR."

I I I

A propósito de la cuestión catalana—menos mal que, poco a poco va habituándose la opinión a darle el nombre más propio de cuestión nacional—se han roto muchas lanzas (y bastantes cañas) en defensa del idioma español, o sea, del idioma castellano.

Sin embargo, ¿hasta qué punto podemos creer en la autenticidad de esas defensas?

No se defiende un idioma diciendo a gritos que es el más sonoro de cuantos se conocen desde Babel hasta nuestros días; que cuenta con el máximum de millares de vocablos, cada uno de ellos apto para varios usos; que es la lengua que conoce todos los océanos y ha arraigado en todos los continentes.

Esto y más puede decirse, sí; sobre que puede, debe decirse cuando—como al tratarse del castellano—sea verdad. Pero ello no constituye una defensa, aunque valga por un panegírico.

Un idioma se defiende, como se defienden tantas otras cosas, velando por él, cuidándolo.

Todo defensor de idiomas ha de ser un poco jardinero. Cada barrafo es un macizo; cada frase, una planta; cada palabra una flor.

El jardinero corta, poda, riega; extrae yerbas parásitas; barre la hojarasca; tiende un toldo de cañizo sobre aquellas especies delicadas susceptibles de enfermar de sol.

Entre tanto, nuestros abogados, nuestros panegiristas, nuestros adalides del castellano, se descubren, doblegan cortésmente el tronco y tienden su mano enguantada, dando la bienvenida a la nueva palabra CONLLEVAR, como diciéndole: "Señora: ha tomado usted posesión de su casa".

Yo quisiera llamarme, por unos momentos nada más, Miguel de Unamuno, para verme investido de la autoridad eficiente y lanzar una protesta airada.

En nuestro idioma podemos encontrar una legión de palabras que sirven para poner de manifiesto el barbarismo de ese CONLLEVAR, recién nacido o, más bien, recién abortado.

Co-laborar, co-operar, co-nstituir, co-accionar, co-legir y ¿cuántas más?

Cierto que tenemos otras, compuestas por el afijo de compañía, íntegramente escrito; pero se da la circunstancia de que son éstas precisamente las que no llevan pura la idea de compañía, sino que significan más bien el medio o el instrumento, tales como con-vencer, con-venir, etc., etc.

Respecto a uno de los vocablos citados más arriba, co-nstituir, creo necesario aclarar que, esencialmente, su filología no es de "estatuir" conjuntamente, sino de instituir, por lo que la "n" figura, no como integrante del afijo, sino del verbo, que pierde la vocal inicial por razones de eufonía.

V

Como no se trata aquí de poner cátedra de Humanidades, nos parece suficiente lo escrito para demostrar la responsabilidad en que incurrirán quienes adopten ese nuevo CONLLEVAR, contra toda lógica lingüística, en vez de, en la necesidad de hallar la palabra que signifique "llevar a medias", optar por un COLLEVAR, no solamente más propio, sino también más puro, más racial, o sea, más latino.

Ya veo, ya oigo cómo algunos lectores exclaman: Pues, ¡no es para tanto!

Nada más cierto. No es para tanto: no es cuestión de vida o muerte la ortografía y la prosodia de un vocablo.

Lo que ocurre es que, a veces, una gota de agua determina un desbordamiento. Y eso nos ha sucedido a nosotros esta vez.

Venimos asistiendo al doloroso espectáculo de algo que pudiéramos llamar la tortura del idioma.

Cada día, nuestros ojos encuentran una nueva palabra o una nueva frase que significa una puñalada más dada en pleno corazón de nuestra Gramática (más el detalle, inverosímil, de ser nosotros mismos los escritores, los periodistas, los "intelectuales", quienes con más ensañamiento y mayor asiduidad perpetramos el atentado)...

Y había de llegar un momento en que nuestra condición de espectador silente se transfigurase en postura de espectador que se cansó de aguantar, y protesta. Y había, para ello, de llegar un pequeño motivo que sirviese para hacer sonar ese momento.

El CONLLEVAR ha sido tal motivo, como pudo serlo no ha mucho ese NO antepuesto a ciertos nombres (la NO REVOLUCION, la NO HUELGA, y varios más) como fácil manera de resolver, sin masturbarse el cerebro, una dificultad de expresión, tan fácilmente resoluble por procedimientos naturales, en este caso filológicos.

V I

Sería de desear:

- 1.º Que los maestros de escuela españoles aprendiesen español.
- 2.º Que lo enseñasen.
- 3.º Que no se dedicara a escribir en un determinado idioma quien no se hallase perfectamente enterado de él. Y,
- 4.º Que, sobre las decisiones—tantas veces absurdas—de la Academia, impusiera una sola cosa; una sola cosa que se llame así: Etimología.

FEIJOO Y TORRES

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

PROBLEMAS DEL CAMPO ESPAÑOL

EL PROBLEMA SOCIAL AGRARIO Y EL
ORDEN PUBLICO

APASIONA en estos días a la opinión el tema de las relaciones entre el orden social y el orden público.

Yo quiero aprovechar este motivo para recoger unas modestas apreciaciones mías sobre el daño que al problema social agrario concretamente han hecho los que hasta ahora han venido queriendo solucionar este problema.

Nadie que conozca el campo español podrá negar el estado de miseria y de ruina en que se desenvuelve el obrero agrícola y el modesto labrador, colono o pequeño propietario. De sectores muy distintos se ha llegado a convenir que en nuestros campos, más que una simple, tímida, reforma agraria, es necesaria una honda revolución económica y social. Y, en efecto, basta ver, aunque sea muy superficialmente, la situación del proletariado campesino; conocer las hambres y miserias que padece; observar su condición social y económica, propicia —nadie puede negarlo— a encender rebeldías y fomentar agitaciones. Pero cuando vemos que ni los Poderes públicos ni las llamadas clases dirigentes se han ocupado seriamente, durante años y años, de acudir a remediar esas calamidades, se comprende aún mejor la necesidad de realizar en el campo una revolución que merezca tal nombre.

Porque, ¿qué han hecho los gobernantes, qué han hecho nuestras clases directoras por resolver ese problema social que tan a menudo ha presentado en nuestros campos violentos caracteres? Pues... han pronunciado cientos de discursos; han abierto informaciones públicas con verdadera prodigalidad; han dispuesto el envío de comisiones de estudio integradas por personas de gran competencia; han publicado en lindos folletos los estudios de esos sociólogos y los resultados de aquellas informaciones; han abierto concursos y premiado memorias... y cuando las masas proletarias campesinas se han agitado; cuando han hecho públicos su malestar y su miseria, que no se remediaba con todas aquellas cosas, los Gobiernos han enviado a los pueblos rurales, agitados por el desasosiego del hambre, no ya Comisiones de

estudio, sino fuerzas del Ejército y de la Guardia civil. ¡Cómo si el hambre se pudiera matar a tiros!...

Ellos corroborarán lo que dejamos afirmado. Ya en 1759 y 1766 se abrió una información, a la que acudieron no sólo particulares, sino también representantes de entidades y aun de poblaciones enteras. La información abierta se refería al tema «Fomento de la agricultura y del trabajo agrícola». Poco después, en 1771, acudían a una interesante información pública los corregidores y alcaldes mayores de Extremadura, que aportaron interesantísimos datos tomados directamente de la vida agraria, y los ilustres hombres de ciencia Floridablanca, Campomanes, Olavide, Sistrone, Felíu y Jovellanos, que redactaron magistrales dictámenes.

Luego de esta información, la Sociedad Económica Matritense abrió un concurso sobre el problema agrario, en el que se dió el primer premio a una memoria de Cecilia Coello y un accésit a la de un labrador de Ibi, llamado Pérez Rico, en las que, por cierto, se dan soluciones de marcado colectivismo agrario.

Un estudio del problema agrario de gran interés era el dictamen que la Comisión de Agricultura enviaba en 1812, a las Cortes de Cádiz.

En el verano de 1856, los míseros salarios del obrero agrícola castellano y el gran malestar de las masas campesinas de Castilla, «a las que el hambre hostigaba», dieron lugar a varios conflictos en Valladolid, Ríoseco, Benavente y otras poblaciones. El ministro de la Gobernación, don... abrió una información con tal motivo, a la cual el Ayuntamiento de Valladolid remitió un escrito en el que se atribuía lo ocurrido a «una parte del pueblo sin educación», y las Cortes Constituyentes votaron una proposición en que — por todo remedio a la cuestión social planteada — se ofrecía apoyo al Gobierno para castigar a los criminales que habían sembrado la desolación en Castilla.

Al verano siguiente—1857— fué en Andalucía donde se produjo un movimiento social, aunque algunos — como siempre ocurre — le atribuyeran carácter político. Los individuos que componían la partida eran — dice Zancada — «en su mayoría infelices campesinos hambrientos». Narváez castigó este movimiento con una rigurosidad implacable.

La miseria que alligía a los obreros andaluces — seguimos a Zancada — motivó la sublevación socialista de Loja, ocurrida en 1863, siendo O'Donnell presidente del Consejo de Ministros. Un hombre de carácter resuelto, el veterinario Pérez del Alamo, con su gran campaña revolucionaria, y «el triste estado del obrero agrícola, al que la concentración de la propiedad territorial colocaba en los últimos peldaños de la necesidad y de la indigencia», fueron materia suficiente para que, en el verano de 1863, más de mil hombres al mando del citado Pérez del Alamo, se apoderaran de Iznájar, después de rendir al destacamento de la Guardia civil, y se desarrollara una serie de graves sucesos.

Como consecuencia de la agitación de Loja, el Ministro de la Gobernación, Posada Herrera, dirigió una circular a los gobernadores, en la que señalaba que estos sucesos eran debidos a la difusión de ciertas doctrinas entre las sencillas gentes del campo, y les daba instrucciones para «buscar una defensa eficaz que tranquilice los ánimos siempre alarmados, y asegure el orden público, asentándole sobre la razón y la justicia». Y, acaso olvidándose el ministro de la razón y de la justicia, terminaba su circular aconsejando como remedio una serie de medidas represivas que viniesen a garantizar lo que en el documento se llamaba derechos del capital y del trabajo.

La miseria extrema del proletariado campesino, empeorada por las malas cosechas, dieron lugar y alentaron el desarrollo de la tristemente famosa «Mano Negra», asociación secreta que se creó en 1883, y en cuyo movimiento estaban comprometidos miles

de obreros agrícolas. Zancada en su libro «El obrero en España», señala también como causa que favoreció la fácil propaganda de las ideas disolventes y de extrema violencia de «La Mano Negra» «la conducta equivocada de las clases conservadoras andaluzas, reacias en hacer concesiones a los obreros».

Lo cierto es que «La Mano Negra» dió que hacer mucho al Gobierno. En el Congreso de Diputados el señor Gullón dijo que el Gobierno no podía desconocer que la situación social y económica del campo andaluz se prestaba a estas perturbaciones desasosiegas, y Romero Robledo tuvo el valor o el cinismo — de afirmar que en Andalucía nada anómalo ni excepcional pasaba que justificara los hechos aludidos. ¡Y aquí de la consabida información!... El Congreso pidió que se llevara a cabo una información sobre el estado del campo andaluz; pero el Gobierno prometió realizar reformas sociales que pusieran fin a tal estado de cosas. Las reformas sociales, naturalmente, no llegaron. El Gobierno tuvo que emplear el tiempo en reprimir los desmanes de «La Mano Negra»; es decir, en acudir con la fuerza a resolver un problema que él mismo había creado con su negligencia para solucionar los problemas sociales como tales problemas sociales, a su debido tiempo.

Había que pensar nuevamente en el bálsamo de la información. Y poco después, en 1884, la abrió la Junta de Reformas Sociales, y acudían a ella Universidades, Ateneos, Sociedades Económicas y otras muchas entidades. La información aludida dió a conocer todas las miserias que padecía la clase obrera en general y el proletariado agrícola particularmente. ¡Pero, como siempre, las reformas aconsejadas en las Memorias para remediar la situación pésima de los trabajadores quedaron en los archivos de los Ministerios!... Y los obreros iban acudiendo, cada vez con más frecuencia y con mayor exaltación, al arma de la huelga y a violentísimas actitudes, como demostraremos en el artículo siguiente.

Angel LERA DE ISLA

UN VIAJE DE ESTUDIOS A LA RUSIA SOVIÉTICA

EL CULTO DE LA MAQUINA

HE estado en los Estados Unidos y en Alemania, antes y después de la guerra. En uno y otro país he encontrado la sensación de que se creía en el progreso del maquinismo de un modo indefinido. Pero ni en las épocas de mayor prosperidad, nunca, ni en Alemania ni en los Estados Unidos han conocido un entusiasmo comparable por la máquina como el que experimenta el pueblo ruso. Los Soviets han hecho de ella objeto de una mística colectiva, de una religión nueva que llega hasta el fanatismo.

Lenine que fué su profeta había declarado: «el bolchevismo es el socialismo más la electricidad». Y por electricidad entendía Lenine el maquinismo en general. La palabra del creador del régimen soviético ha penetrado en los cerebros rusos hasta el punto de comunicarle una verdadera fiebre, pues en Rusia no hay lugar más que, como antes de la Revolución, para convicciones extremas.

La inmensidad de su territorio que cubre cerca de un sexto de la tierra habitada, ha sido para Rusia, en el curso de la Historia, una salvaguardia contra las invasiones extranjeras pero también una traba para su desarrollo. Este país parece, por su extensión, condenado a estar siempre en esa inferioridad, pero he aquí que los grandes avances del maquinismo en el siglo XIX hicieron nacer en la mente de los intelectuales rusos la esperanza de poder combatir por medio del maquinismo la inmensidad hostil. Si los zares hubiesen tomado a su cargo realizar esta vasta ambición cuando aun era tiempo quizás la revolución no hubiera tomado el mismo dinamismo.

Los Soviets se han lanzado al maquinismo con todo el ímpetu y lo han hecho la base misma de su sistema. Absorbidos

desde el mismo momento de su llegada al poder por la necesidad de defenderse de las tentativas contrarrevolucionarias que se multiplicaban en sus fronteras tuvieron que aplazar las reformas de que eran portadores y asegurar de cualquier manera la consolidación del régimen. Franqueada esta primera etapa pusieron manos a la obra y es así como nació el plan quinquenal, primera labor de reconstrucción y reorganización del país con ayuda de la máquina.

Con objeto de obtener del pueblo, naturalmente, indolente y técnicamente poco evolucionado, la voluntad y el ardor necesarios para adaptarse a una vida nueva, basada sobre el maquinismo, los dirigentes soviéticos han creado una mística de la máquina donde se llega al idealismo de la misma como instrumento predestinado a la emancipación social y material del pueblo ruso.

Los medios empleados para fomentar el entusiasmo del pueblo son muy variados.

LA INICIACION DE LOS NIÑOS

En Moscú, sobre los bordes del Moscova, en un emplazamiento comparable al que ocupaba en 1925 la Exposición de Artes Decorativas ha sido instalado el famoso Parque de Cultura, destinado a la diversión y entrenamiento deportivo de los obreros y obreras. Este parque, orgullo de la Rusia nueva, con sus pistas de tenis, sus estadios de carreras, sus campos de fútbol, sus campos de tiro al blanco, ha sido descrito varias veces por los viajeros.

La parte reservada a los niños es una verdadera población en miniatura donde los padres dejan a sus hijos mientras ellos se entregan a su deporte favorito. Los pequeños son depositados, según su edad, en las guarderías donde son vigilados por las nurses. Los mayores van a las salas de gimnasia donde se ejercitan bajo la dirección de maestros.

Uno de éstos me explica el objeto de ciertos juegos que responden a la necesidad, al doble objeto de inculcar en los pequeños el amor a la máquina y al trabajo colectivo.

—Vea usted — me dice — aquí un tranvía en miniatura.

Ellos saben desfilan, avanzar en guerrillas. Les enseñamos el manejo de las mascarillas, de gases asfixiantes. Esta última parte de su instrucción nos parece la más útil para permitirles salvar su vida en caso de agresión.

—¿Cree usted, pues, en una guerra inminente?

—Contestarle a esto no me compete, pero sí puedo decirle que en caso de que fuéramos Es lo bastante grande para que una docena de muchachos tome asiento. Para servirse de él diez muchachos figuran como viajeros y otros diez empujan el coche. Cuando se han cansado los que empujan se transforman en viajeros y así sucesivamente. Así comprenden que en el mundo el reposo y el trabajo alternan para los humanos, mientras que las máquinas deben trabajar de modo permanente. El autocar que usted ve allí bajo responde al mismo objeto.

Sobre un pequeño campo de maniobras veremos una ametralladora de madera y un avión en miniatura que bien entendido no prestan servicio pero que dan a los niños un sentido de la colaboración en su uso.

En Aloupka, en Crimea, y bajo un cielo azul que recuerda el de nuestra Costa Azul, he visto un campo de «Boy Scouts» soviéticos. Ochocientos muchachos, cuyos padres pertenecen a las brigadas de choque, vienen de toda Rusia para pasar temporadas de ocho a seis semanas. Como la temperatura es suave los muchachos no llevan por traje más que unos pantalones blancos y un maillot. Muchos de entre ellos se bañan desnudos. Los muchachos a un lado y las chicas en otro. El doctor que dirige el campo, y que habla francés, háceles honores acompañando a los visitantes e introduciéndolos en una habitación en la que se encuentra reunido todo el material militar.

—Desde su edad más juvenil — me explica — los muchachos juegan a los soldados como en todos los países del mundo; pero aquí nosotros preferimos darles, desde buen principio, nociones exactas. Es por esta razón, por lo que les habituamos a maniobrar en las condiciones actuales de la guerra moderna. atacados nos sería imposible enseñar a varios millares de

niños a ponerse al abrigo de la guerra dinámica. Y por eso preferimos que estén prevenidos.

En la habitación inmediata apercibo grandes cuadros, en los que hay, presentados con un corte interior, aviones de bombas y granadas. Unos cursos se verifican para enseñar a los niños de ocho años la fabricación y el manejo de estas armas.

Admitiendo, incluso, que no haya guerra en muchos años— dice mi guía—y que la instrucción no sea indispensable desde el punto de vista militar no cabe duda de que todos estos aparatos por los que el niño se apasiona porque él ama todo lo que es arte militar, lo familiarizan con la técnica de las máquinas en general. Esta enseñanza la da una formación que le permitirá adaptarse a la civilización mecánica en la que él está llamado a vivir y evolucionar.

En Moscú he visitado una casa de ediciones para niños. Los libros que allí se editan no se parecen en nada a los cuentos de Perrault ni a los de «Caperucita Roja». Todos tienen un objeto utilitario. Una enseñanza a limpiarse los dientes, a preservar los alimentos de las moscas, a la necesidad de dormir con la ventana abierta.

El mayor número de ellos está consagrado a las máquinas. Muchos de ellos representan antítesis. Los medios primitivos empleados por el hombre en sus primeros trabajos, y en cambio los empleados hoy que suprimen casi todo esfuerzo humano.

Aquí, incluso, el arte militar no se olvida ya que otros cuadernos explican lo que debe hacerse en el caso de bombardeo por aviones, ataques por gases asfixiantes que decididamente obsesionan las mentes de los directores pedagógico-soviéticos.



LA MAXIMA INJUSTICIA SOCIAL

ILOTAS Y AGRARIOS

EN Lacedemonia los aborígenes, vencidos por los espartanos, fueron desposeídos de sus tierras y pasaron ellos mismos a ser propiedad de los conquistadores, condenados a cultivar los campos, privados de todo derecho, reducidos a la más dura condición.

Como eran en número inmensamente mayor que los dominadores empleaban éstos para sojuzgarlos el terror de una manera sistemática y autorizados por sus leyes para quitarles la vida en cualquier momento, cada día eran asesinados muchos de ellos.

Han pasado muchos siglos y se han dulcificado extraordinariamente las costumbres, pero la civilización griega fué como la semilla de la actual y en esta perduran todos los rasgos característicos de la vida helena y, entre ellos, notablemente, esa manera de tratar a los que llenan la sagrada misión de fecundar la madre tierra y hacerle alumbrar sus deliciosos frutos que, muchas veces — sic vos non vobis — ellos no pueden consumir.

En nuestra democrática España republicana donde se han roto todas las fronteras de los linajes, hay aun una clase irredenta que constituye una casta inferior de parias modernos, de ilotas en cuanto es compatible con las horas actuales: la clase agraria.

La clase agraria que no solamente comprende a los braceros, sino también a los aparceros, colonos, arrendadores, rabassaires, masoveros y pequeños propietarios: a cuantos trabajan por sí mismos en los campos y viven en ellos una vida primitiva y dura a pocos kilómetros de las ciudades donde refugge el milagro de una civilización portentosa, toda llena de refinamientos.

La dureza de su vida y la miseria de su condición les imposibilita de toda mejora y marca una división siempre patente entre el campesino y los demás españoles: hace de todos ellos una casta inferior ruda, desaseada, inculta, de la que solamente pueden salir abandonando los campos, trasladándose a la ciudad y haciéndose obreros para cobrar salarios que les parecen fantásticos y que no les permiten comprar lo que ellos producían y vendían casi de balde.

Como los ilotas han sido desposeídos de las tierras que si-

guen trabajando pues aunque aparezcan algunos pequeños lotes de su propiedad, con los artilugios de una organización social absurda y suicida, la mayor parte de las ganancias que de su trabajo se deriva es para el Fisco, el usurero, el acaparador, el almacenista, el fabricante, el corredor, el asentador, las empresas de transporte, el comerciante... para todos los otros, los que no son del campo, quedando para el campesino una parte mínima: la suficiente para que no se muera de hambre y pueda seguir trabajando, pero sin que pueda gozar de las delicias que en los días de hoy están al alcance del hombre y sin que pueda instruirse ni aspirar a redención. La cuestión social, la injusticia de la explotación del obrero por el capitalista, es una nimiedad comparada con el problema agrario, con la explotación del campesino por el ciudadano, por todos los ciudadanos explícita o implícitamente.

Como los ilotas constituyen una raza aparte e inferior condenada al trabajo en beneficio de otros y como ellos están privados de todos los derechos si no en la ley en la vida práctica. Para ellos existen todavía señores que los sujecan

con mano férrea y si no los asesinan materialmente para dominar por el terror su inmenso número, ejecutan civilmente muchos campesinos cada día con el arriendo y el embargo, aparte de las artes de la usura y el aprovechamiento de la estrechez económica de estos parias para comprar a cualquier precio sus productos.

Como los ilotas son la inmensa mayoría de los veintidós millones de españoles y nosotros, los ciudadanos, seis u ocho millones a lo más de aristócratas, burgueses, comerciantes, técnicos y obreros, tenemos establecida la actual organización social inícuca y suicida para mejorar nuestra vida a costa del sacrificio de la suya.

Para ellos no hay jornadas de ocho horas, ni retiro obrero, ni bolsas de trabajo, ni escuelas profesionales, ni casi escuelas primarias. El teatro, el cine, el café, el tranvía eléctrico, el «metro», el cuarto de necesidad inodoro, el baño, la calefacción, las calles de cuidado piso, el teléfono, la cocina de gas, el hielo, el taxímetro, la máquina de escribir... y tantos elementos más de la vida moderna sin los que no podríamos pasar, están fuera de su alcance.

Trabaja desde que sale hasta que se pone el sol y no en talleres cómodos e higiénicos, sino a la intemperie, más cruda en los campos que en la calle ciudadana. En la juventud derrocha sus energías para enriquecer a otros. En la vejez depende solamente de la salud y buena voluntad de su prole.

El café del labrador es generalmente la taberna a la que llega muchas veces por caminos polvorientos o encharcados. El agua escasa, lejana e indispensable para el suelo, no permite el baño ni, en ocasiones, el lavado de cara y manos. Calefacción humana. Ni libros, ni pluma, ni tinta inútiles por ignorancia. La vida del agricultor es terrible, horrorosamente dura y árida.

Pero tal organización social solamente beneficia al amo que lo explota, al usurero y al acaparador y daña tanto indirectamente al ciudadano como directamente al campesino, porque reducido éste a la miseria que sólo consiente una vida mínima, la inmensa mayoría de las industrias, el comercio y las profesiones liberales, no encuentran consumidores en el mercado nacional. El fabricante, ante la escasez de recursos del comprador ha de abaratar los precios a costa de los jornales y, por otra parte, los obreros sufren la ruda epidemia del paro porque los campesinos emigran en masa a la ciudad y les hacen la competencia.

Tal organización y es absurda y suicida, pero además es inícuca porque el agricultor debiera merecer la máxima consideración y respeto y ver recompensada la dureza de su faena.

El solo no puede reaccionar contra este estado de cosas porque dicho estado se fundamenta esencialmente en la imposibilidad de redención. Pero pueden redimirle las Cortes. Podemos coadyuvar por justicia y por conveniencia nacional nosotros los ciudadanos que no somos caciques, usureros ni acaparadores.

Hora es ya de que sea resuelto el problema agrario, la máxima injusticia de la organización social actual y que busquemos remedio a los innumerables derivados que lo integran.

Enrique JAVEGA

NOS PARECE EXCESIVO

EL «CASO» ALBIÑANA

En esto de la "persecución" al doctor Albiñana, nos parece que el Gobierno de la República está obrando con excesiva buena fe. Tenemos casi la seguridad de que el ya "famoso" galeno—"fama" que él mismo encontrará superior a su personalidad—, cuando se quede a solas con su "yo", en la intimidad de la alcoba de su modesto domicilio o en la "lobreguez" de su celda carcelaria, agradecerá con toda la fuerza de su alma al señor Azaña y a sus dignos compañeros de Gobierno la inquina que le tienen.

Porque, ¿quién era el doctor Albiñana en tiempos de la derruida monarquía? Pues un pobre hombre al que nadie hacía caso. Ni el propio Canalejas, alrededor del cual estuvo "mariposeando" a ver si le proporcionaba un "enchufe" más o menos nutritivo cuando el susodicho doctor llegó a Madrid lanzando al aire su entonces abundante y sedosa melena y su no menos abundante y también sedosa chalina... En aquellos años venía a ser estéticamente el doctor Albiñana, lo que ahora es el consejero de la Generalidad señor Gassol.

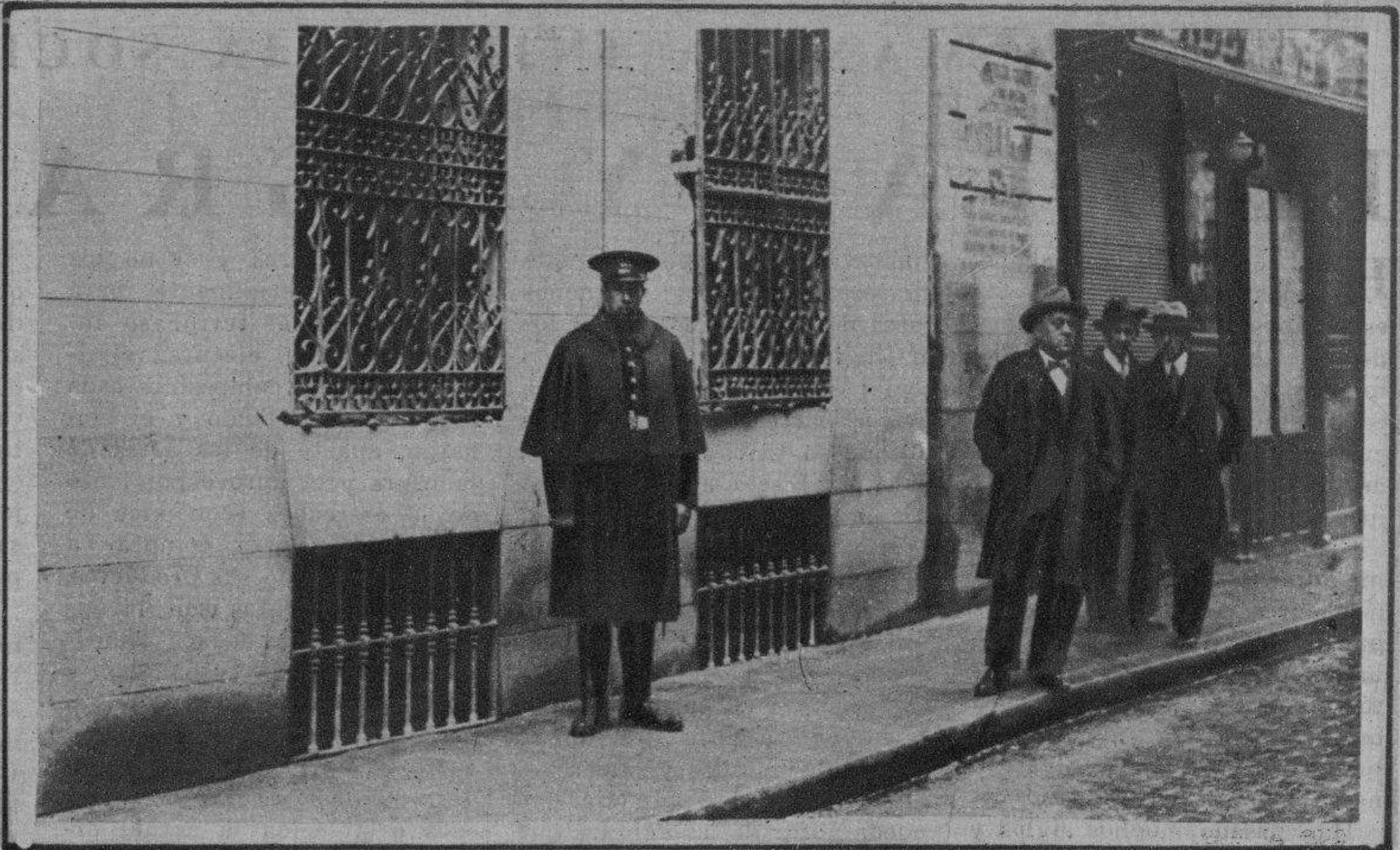
Pero el tiempo, con su consabida acción "corrosiva", pasó por el espíritu del doctor como pasa un automóvil, a 90 por hora, por encima de un ave de corral que se aventura a cruzar la carretera: con las alas flácidas y los ojos en éxtasis eterno...

Y así permanecería si la bondad del Gobierno actual no fuese tan grande como es...

LA POLICIA REPUBLICANA

UNA torpe habitud ya innata en el vulgo irreflexivo llevó eternamente a las gentes a vituperar hasta lo más digno de loa. El injusto y frecuente comentario desfavorable no es sólo vicioso instinto del público siempre descontento y maldiciente, sino también perverso deleite colectivo que gozan con extraña fruición las multitudes.

Al igual que la polilla corre con preferencia la lana, el ratón el queso y el cuervo los cadáveres, así también el maligno murmurador carcome el buen nombre de los Gobiernos en los corrillos chismosos. No hay mayor placer para el bajo detractor fermentado que la censura acerba a las autoridades. De todo tienen la culpa los altos poderes y los guardias. Si se reprime una perturbación con severidad, se juzga a la fuerza pública cruel e inclemente, y si, por el contrario, hay tolerancia en el



Un guardia de Seguridad y agentes de vigilancia, prestando su servicio, tan imprescindible aquí como en la Italia del fascismo, en China o en la Rusia de los Soviets

tumulto callejero, se acusa a los que mandan de interesada negligencia sospechosa.

Barcelona tiene, hoy, en su dignísimo gobernador don Juan Moles, un incomparable elevado ejemplo de acertada ordenación y de alta justicia

republicana. Sin embargo, habrá todavía quien hallará defecto en toda solución de las muy difíciles cuestiones del orden en el campo y en la urbe, aparentando no comprender que la turbulencia política, el bandolerismo traidor de la ciudad y carretera y todos los furiosos odios sociales son plaga irremediable que azota al universo entero.

En nuestra existencia actual, pretendida "vida moderna", no se halla posible ocasión de quietud sin riesgo en la ruidosa pufulación ciudadana ni en la paz tranquila de los bosques solitarios. El sobresalto inminente es tortura interminable que amarga el relativo vivir dichoso de humildes y de acaudalados. No hay momento sin víctima, ni territorio sin sangre. El crimen se ha extendido de uno a otro confín de la tierra sin necesidad de escuela. Un impulso desmedido parece mover, hoy como nunca, a ciertos innobles espíritus malvados que cometen sus funestas fechorías con extremada audacia temeraria. Por ello, si no hubiera otro recurso que la propia defensa, la mísera vegetación de los hombres convertiríase en una lamentable lucha horrible de fieras indomables. Pero, afortunadamente, la civilización ideó el maravilloso freno de la policía.

Yo siento una profunda admiración sincera por nuestra esforzada policía republicana.

Pasó ya a páginas confusas de la Historia el tiempo lú-

gubre en que existían los esbirros de un feudal o de un tirano. En fatídicas épocas lejanas, mentar la policía era evidentemente evocar fatales violencias y onerosas persecuciones ordenadas por pretendidos "augustos" personajes... Ahora, las fuerzas de Seguridad y los agentes de secreta investigación retentiva con que cuenta la República para el imperio de la ley popular, son apreciadas legiones fieles al anhelado bienestar común, elevada cohorte protectora, no sólo del pudiente, sino también del humilde, del pacífico y del indefenso. El mismo delincuente es protegido con frecuencia por la policía ante la muchedumbre airada. Por eso no se practica felizmente la bárbara "Ley de Lynch" que una costumbre irracional estableció en América.

En el preciso instante en que el pueblo supo librarse del ominoso yugo de la realeza, nuestra policía se manifestó franca y generosamente republicana. Su animoso apoyo al nuevo régimen le ha costado numerosas víctimas. Actualmente, su presencia en la calle atestigua con la mayor agradable evidencia que la República no corre el menor peligro de destemplarse. Guardias y ciudadanos velan celosamente por la infinita prolongación de esa bienvenida gloriosa Democracia que nos hizo hermanos.

Xavier de ZENGOTITA



Don Juan Moles, gobernador de Barcelona, cuya actuación hace honor a los altos principios de la República

UN «DICTADOR» LOCO

EL FOLLETO DEL ASESINO DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

QUIEN es Pablo Gorguloff, el asesino del Presidente de la República francesa? ¿Un fanático, un agente de la Internacional Comunista o bien un loco?

Esta cuestión preocupa a la opinión pública, no sólo en Francia. He leído en el gran diario de París "Le Matin" que Gorguloff simula la anormalidad, pero se halla en la posesión absoluta de sus capacidades morales.

Ahora bien; tengo a la vista una prueba irrefutable de que el asesino del Presidente Doumer es un individuo anormal y, desde hace mucho, candidato al manicomio.

Es un folleto editado hace unos años en Praha. Lleva el título: "Manifiesto del partido Verde (agrario) panruso, organizado por el partisano Pablo Gorguloff". Así como un emblema fantástico: dos hoces cruzadas, abajo dos huesos humanos y un cráneo; arriba, un pino.

El folleto, que consta de 80 páginas, está escrito en idioma ruso y trata de la salvación de Rusia del yugo soviético. El "programa verde" del autor es producto de un desequilibrado, de un cerebro enfermo.

Empieza por un llamamiento "a todos los rusos campesinos, obreros, intelectuales, cosacos, a los sabios e iletrados, a todos los que odian la dictadura de los bolcheviques y que sueñan con la emancipación del pueblo ruso". Luego, sigue el "programa de acción": Únicamente puede salvar a Rusia el "partido verde", organizado por Gorguloff. Este partido procurará unir todas las fuerzas antibolcheviquistas esparcidas.

Concretamente, el plan estratégico es el siguiente:

Todas las aldeas de cada distrito forman un destacamento armado de 600 hombres. Los destacamentos reunidos de una provincia (en ruso "gubernia") constituyen una división armada. Las divisiones reunidas de todas las provincias forman el ejército antibolchevista. Cada destacamento tiene el deber de exterminar a los bolcheviques, apoderarse de los fusiles, cañones, municiones, víveres.

"¿De este modo — escribe Gorguloff — tendremos una fuerza armada invencible!"

¡Es muy sencillo! Como por encanto aparece un ejército numeroso y bien armado que inspira horror indecible a los bolcheviques, derrumba su dominio y restablece en Rusia el orden.

¿Cuál será el orden restablecido? ¿La monarquía? ¡No! — contesta Gorguloff—. Rusia será una "República dictatorial". Y el primer dictador será él, comandante en jefe de las tropas "verdes", destinado por la Providencia para salvar a Rusia.

* *

Gorguloff afirma que es demócrata. Y quiere otorgar a su Patria una Constitución democrática, desconocida hasta nuestros días. ¿En qué consiste esta Constitución única? Primero, habrá un Parlamento elegido a base de voto directo, secreto, etc. Pero en este Parlamento la mayoría debe pertenecer al "partido verde", encabezado por Gorguloff. Si el sufragio universal no cumple este deseo y el pueblo envía al Parlamento una mayoría hostil al "partido verde", las elecciones serán declaradas nulas y el Parlamento ni siquiera será convocado.

Los ministros serán designados por la Asamblea Nacional, pero a condición de que

no sean comunistas, socialistas o israelitas.

El futuro "dictador" ruso odia todo lo que no es ruso: los judíos, armenios, polacos, etcétera, a quienes se quitarán los derechos de ciudadanía, no podrán ser funcionarios, oficiales del ejército, profesores, maestros de escuela, empleados de correos ni de líneas férreas. Sobre todo, odia los judíos: hasta proyecta prohibirles la entrada en las escuelas superiores y aun en las de primera enseñanza.

El Presidente de la República será elegido por el pueblo entero; pero si las elecciones resultan una decepción para el "partido verde", las tropas verdes procederán a un golpe de Estado y su Estado Mayor nombrará jefe de las República a uno de sus miembros.

En fin, una Constitución modelo, en comparación con la cual toda otra es una cosa mezquina.

* *

Gorguloff se da cuenta de que los bolcheviques prestarán una resistencia encarnizada a las "tropas verdes" y se empeña en armarlas con las armas más modernas. Cada regimiento estará provisto de una poderosa artillería, cada compañía, de tanques de la construcción más perfecta. Habrá, naturalmente, cantidades suficientes de gases esofixantes, "rayos de muerte", aeroplanos de combate, etc.

¿Dónde tomará todo esto el organizador de la cruzada contra los bolcheviques? Es un secreto del inventor. Probablemente, proyecta adueñarse de los arsenales bolchevistas. Además, Gorguloff inventó un arma mortífera de una fuerza inaudita, que llenará de asombro y horror al mundo entero.

Es un arma muy ligera, más ligera que un sencillo revólver. Posee una fuerza poco menos que mística: es capaz de exterminar, sin riesgo alguno para el portador, una compañía enemiga entera. Un destacamento, armado con la invención de Gorguloff, puede sembrar el pánico en las tropas enemigas y abligarlas a una retirada precipitada. Contra esta arma resultan impotentes los cañones, los tanques, los aeroplanos cargados con bombas. Huelga decir que Stalin y los suyos, presos de horror, abandonarán el campo de batalla, cediéndoselo al dictador verde y sus partidarios. Rusia será salva y millones de rusos se inclinarán respetuosamente ante su salvador.

El folleto de Pablo Gorguloff contiene también "estatutos" de la futura "República verde". El futuro dictador se preocupa hasta de los detalles más insignificantes, como, por ejemplo, el color del uniforme para la guardia verde, la arquitectura del palacio del Presidente, los rangos y títulos. Las palabras "señor", "señora", serán borradas del diccionario, así como "compañero", "compañera". Serán reemplazadas por "ciudadano", "ciudadana". De modo que el propio Gorguloff será "ciudadano dictador", luego habrá "ciudadanos ministros", "ciudadanos generales", "ciudadanos profesores", hasta "ciudadano verdugo".

* *

Así, pues, el asesinato del Presidente de la República francesa fué el acto de un loco. Lo prueba de sobra el folleto, cuyo contenido acabo de exponer.

N. TASSIN

Viena y mayo.
Viena y mayo.

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE", Plaza de Cataluña, 9 2.º, 2.º.
Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

NOTAS DE UN LECTOR DE PERIODICOS

LA REDOMA ENCAN- TADA

LA verdad es que el «Chichito», aunque él se atribuya, para realizarse y darse tono, todas las audaces hazañas del célebre Portolés, muerto ya para luto eterno de pícaros y hampones, no pasa de ser un vulgarísimo estafador. La intensidad de trabajo que dedicaba a su «profesión», es, tal vez, el único rasgo saliente de su silueta.

Ese trabajo intenso, le hacía dar con sus huesos en celdas y calabozos, con harta frecuencia. Pero no por mucho tiempo cada vez. Apenas unas horas, o unos días, de reclusión, y a la amplia calle, de nuevo. A la calle abierta a su labor.

El «Chichito», oficialmente, era un avariósico en último grado, notoriamente irresponsable de sus actos. Pero ahora se ha descubierto que, el certificado médico que exhibía con ocasión de cada una de sus detenciones y que operaba a modo de maravilloso «¡Abrete, sésamo!», para devolverle al arroyo sin puertas, tenía lo que podríamos llamar un «vicio de origen»: que fué formulado analizando unas gotas de sangre, que no pertenecía al «titular», sino a otro recluso, sífilítico «de verdad».

La «patente sucia» de su sangre, ha servido al «Chichito» para burlarse de los códigos buenamente, según parece. Váyase por las veces que se han vulnerado en nombre de la sangre... químicamente pura, exhibida en la redoma encantada de unos blasones o de unas talegas.

UN ALARDE

No, no se da ya mucho por las tierras nuestras el tipo del marido-prohombre político, que se coge a la obligación de asistir a sesiones y a asambleas como a un clavo ardiendo, para «echar una canita al aire», sin que se perturbe el equilibrio de la convivencia conyugal. Eicho en otras palabras: cuando uno de nuestros concejales, o uno de nuestros diputados, dice a su mujercita que se va a la sesión, la justificadamente crédula esposa puede estar segura de encontrarlo en el hemicycleo en cuyos escaños tenga asiento.

En claro lo afirma esa determinación, aprobada el otro día por el Ayuntamiento barcelonés, de radiar las sesiones

municipales, modernismo que creyérase había de obtener un éxito muy precario. No porque sea inconveniente para la comunidad, sino por los peligros que encierra para la paz hoga-

reña de los padres de las ciudades, de las provincias y de los Estados.

Acordando que las sesiones municipales sean radiadas, los municipales de Barcelona han

EL CIEGO REBELDE

SEr ciego es una desgracia... a ratos. Aunque, para lo que hay que ver, el verdadero dolor lo constituye el tener ojos. Afortunadamente, casi nadie ve nada, casi nadie ve más allá de sus narices. Del plato a al boca, a la mayoría de los hombres se nos pierde la sopa sin que nos demos cuenta de ello.

Si no fuera así, una porción de maulas que no hacemos en el mundo más que estorbar, ya nos habríamos pegado un tiro.

Pero la ilusión de que la mujer y los hijos, o los amigos, nos necesitan nos hace apechugar con la purga de la existencia. ¡Vista que nos ha dado Dios! El ir a verle pronto fuera quizá nuestra liberación y, desde luego, la de los nuestros.

Si ser ciego fuera una desgracia, serlo en España sería una desgracia doble. Aquí no concebimos a un ciego sino con la cruz de su guitarra a cuestras y tendiendo la mano.

En todas partes el ciego es un hombre útil, que vive honradamente de su trabajo.

Sólo entre nosotros es un pícaro o un mendigo, a quien un perrito guía o un lazarillo lleva de la mano.

Únicamente en este país se ignora que no es con los ojos con lo que vemos, sino con la inteligencia, y que a la luz de ésta, y no a la del sol, marchamos por la vida.

Todos los analfabetos son ciegos. Y muchos que no son analfabetos, también. Y cuantos ciegos han recibido educación o se la han procurado por sí mismos, han dejado de ser ciegos.

Este es el caso del famoso Simarro, tan popular en nuestro Distrito V.

Simarro es un ciego que ve más que un lince. La muerte de los ojos la suple con la viveza de la inteligencia y jamás anda a tientas por la calle, ni necesita que nadie le conduzca y ayude a navegar entre las olas del tumulto urbano. El solo sabe salir a puerto.

Simarro ni mendiga. No rechazará el óbolo que depositéis en su mano, pero no os lo pedirá jamás. Simarro es un hombre digno.

Por eso no se abraza a una vihuela. Si no fuera ciego, quizá ese instrumento no le disgustaría, porque nuestro hombre es al arte muy sensible.

Pero, pordiosear con el pretexto de hacer un poco de música, eso Simarro no lo hace.

Canalejas metió a Simarro en chirona. Nuestro ciego, con más ojos que Argos, repartía pasquines subversivos por la m. drileña calle de Alcalá y los porquerones monárquicos cayeron sobre él.

Un carcelazo de veintidós meses le costó la broma. Si alguna catarata le quedaba en los ojos, en la Moncloa se le cayó.

Otra vez dió una conferencia en el Ramo de la Alimentación, de Barcelona, y asombró al auditorio con su videncia y perspicuidad.

A este ciego notable la República lo habría de tomar bajo su patrocinio.

Hace poco la pensión que las Cortes votaron para la hija de Nakens quedó sin efecto por defunción de la beneficiada. ¿No habría ahí una transferencia?

Simarro era republicano y había estado en la cárcel por combatir la monarquía, cuando una porción de prohombres de la nueva situación cazaban conejos y españoles en compañía de Alfonso XIII.

Angel SAMBLANCAT

hecho un gallardo alarde de rectitud, ante sus esposas, poniendo en las bellas manos de éstas, el control de su asistencia a las deliberaciones del Consejo. Porque no es de creer que todo sea un truco para crear unas cuantas plazas de ventriflocuos jurados, con objeto de «dársela» radiotelefónicamente «con queso» a las madres consortes de la ciudad condal...

ANACRONISMO

No nos sorprenden demasiado los anacronismos que intentan sacar a flote los supervivientes y vociferantes «viudos» y «huérfanos» de lo para siempre ido y archivado. Pero lo que consideramos insólito anacronismo, difícilmente aceptable, a poco que uno viva al ritmo de su tiempo, es que, de vez en vez, los periódicos recojan comentarios tomados, según dicen, de «La Epoca».

Sin desmentir, naturalmente, a nuestros colegas, se nos hace — ¿cómo diríamos? —, difícil, darles crédito.

«La Epoca»!... Trasciende el vocearlo a archivo y a cueva. Por supuesto, cosas más anacrónicas hemos leído el otro día: unas declaraciones del «conde de Romanones»!...

NUEVO TITULO

En el régimen ido («ido», hasta en la popular acepción de «chauras»), existían unos caballeros, más sensacionalmente caballerescos que todos los demás: los «caballeros grandes cruces».

Ahora, en el régimen de libertad, las gentes que con la libertad están reñidas, han creado una especie no menos absurda: la de las «señoras grandes cruces».

Cruces con tres calvarios: la doble consigna pectoral, más o menos pomposa, de los «nazarenos», y el calvario de ser una cruz que se exhibe como grito de combate, pero no se lleva en el corazón.

Una cosa, sin embargo, tienen de común las cruces de las damas de hoy y de los caballeros de ayer: el curioso deseo de éstos y de aquéllos, de convertir al pueblo en Cirineo de su leño cruzado.

UN LECTOR

Anuncie usted en
LA CALLE

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

E FECTO de la diversidad de criterio, que hace imposible la existencia de una opinión pública lo suficientemente densa y homogénea sobre que basarse para actuar, España fué siempre un país difícil de gobernar.

Algo de esto ocurría en el primer cuarto del siglo pasado; así es que la labor del más paternal de los reyes y de sus bienintencionados colaboradores no resultó todo lo fructífera que hubiera sido de desear.

Si bien cuenta Fernando en la Corte, con vasallos fieles que lo reciben después de libertado por Angulema, con un entusiasmo delirante y apoteósico — hasta el punto de hacer el rey su entrada triunfal encaramado en un carro romano, de más de treinta pies de altura, arrastrado por veinticinco mancebos, vestidos caprichosamente de verde y rosa, que en su acendrado fervor monárquico sustituyeron jubilosos a las mulas, tirando lo mismo que éstas, y mucho más alegremente, puesto que, si no llevaban colleras cuajadas de cencerrios y cascabeles, hacían vibrar de gozo los panderos y castañuelas de los majos de Embajadores y — los chisperas de Maravilla existen hombres descreídos y siniestros como el maestro de Ruzafa, el catalán Cayetano Ripoll, quien contaminado de las ideas subversivas de la revolución francesa y de la escuela filosófica, desvióse del verdadero camino pretendiendo llevar a sus discípulos por el del republicanismo e inculcarles extrañas y absurdas teorías igualitarias, hasta el punto de pretender hacerles creer son ellos de la misma naturaleza que los aristocráticos alumnos del «Colegio de niños nobles de San Pablo», de Valencia: afirmación a todas luces inverosímil por haber dictaminado otra cosa los santos padres que lo dirigen; verdaderas autoridades en cuanto se refiere a la clasificación biológica, social y política de la especie humana.

No había manera de hacerle comprender a Cayetano que los escolares de San Pablo estaban en un estamento mucho más alto que aquellos chiquillos, en perneras y descalzos, de la nauseabunda escuela de Ruzafa. Tan pobre y hedionda que para que respiraran y admiraran a la Naturaleza no se le ocurrió llevarlos a la glo-

Un maestro, una horca y un tonel

rieta, precisamente el lugar acotado para que se solazaran los aducandos nobles.

Ripoll era verdaderamente un hombre insensato. Debían estar en lo cierto los que le tildaban de masón. Que no era «agua clara» lo prueba el hecho de haberle procesado aquel competente tribunal nombrado para casos análogos por el corregidor Pascual, y constituido por el zapatero «Coronado», el espion «Camándulas» y el comandante de la «patrulla de la copa», Arévalo. Violentando tan ilustres miembros sus ge-

nerosos instintos y alternando sus benignos procedimientos, viéronse en el caso de ordenar la prisión de Cayetano en la cárcel de San Narciso: resolución del tribunal fortalecida por el asenso de aquel don Simón López, arzobispo de Valencia, de grata recordación puesto que a él se debe la invención de aquella «Junta de la Fe», sucedánea del Santo Tribunal de la Inquisición.

Mas cuando se pudo ahondar en las creencias del hereje y en sus prácticas pedagógicas se

llegó a conocer en todos los detalles su pernicioso labor.

Se comprobó perfectamente; que hacía leer a sus discípulos el «Catecismo constitucional» del canónigo Cepero, diputado liberal: que no iba a misa, ni salía a la puerta de la escuela cuando oía la campanilla del Viático, «pero que exigía» practicasen ambas cosas «sus alumnos»: que era republicano y dedicaba largos ratos a gloriar las ventajas de tal sistema de gobierno sobre la monarquía absoluta. También les exponía extrañas teorías acerca de la igualdad y la fraternidad entre los humanos...

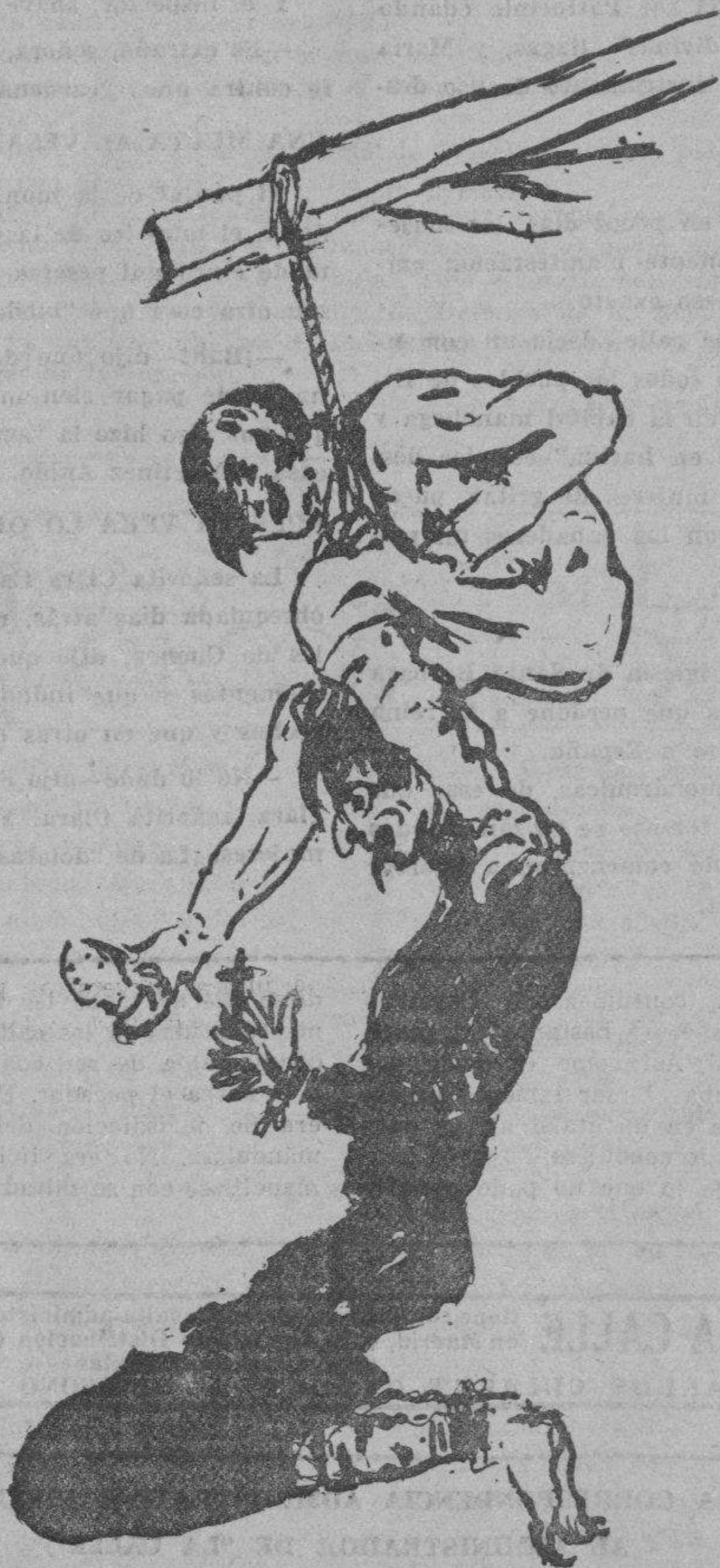
Es evidente que no se puede tachar de atolondrado, precipitado ni cruel al tribunal del «Coronado», el «Camándulas» y Arévalo, puesto que permitieron a Ripoll viviera en la cárcel de San Narciso dos años largos, hasta sin la tortura de los «grilletes», porque para gozar de tal privilegio, y de otros muchos, estaba dispuesto en el régimen interior de la prisión, con carácter general (allí no había excepciones) era de libre elección de los reclusos el arrastrar o no arrastrar tan necesario instrumento de seguridad, bastando exponer el recluso su opinión acerca de ello y no olvidando como requisito indispensable, y sólo por cuestión de fórmula, el abonar una cuota de seis pesetas que el carcelero compartía con los encargados de proporcionarle la clientela.

Ciertamente no se merecía Cayetano aquel desasosiego que por su culpa padecieron los preclaros varones valencianos adictos al absolutismo.

Raro era el día que no se acercaban al maestro de Ruzafa algún que otro familiar del arzobispo, canónigo bien intencionado o miembro del Tribunal de la Fe, para convencerle de la conveniencia de retractarse de sus ideas.

Todo era inútil. Era tan terco, tan terco, aquel Cayetano, que ni aún los ruegos de sus amigos que le pedían abjurarse, aunque fuera aparentemente, de su creencia, conseguían nada. Sus razones para persistir en el error no podían ser más especiosas: «no quería mentir — decía — porque ello sería faltar a Dios y a su conciencia».

Aquello tenía que terminar de alguna manera. El espectáculo ofrecido por Ripoll des-





en el mentidero

HORROR HEREDITARIO AL AGUA

CADA vez que el ministro de Obras Públicas concede un crédito para obras hidráulicas, los periódicos de las derechas, interpretando fielmente el sentir de sus lectores, arremeten contra dicho ministro, acusándole de despilfarrar el dinero de la Nación.

—¡Qué horror tiene al agua esta gente cavernícola!—decía el diputado Martín de Antonio en una peña.

—Es natural que así sea—le contestó Pérez Madrigal—, tanto por tradición entre ellos, como por seguir altos ejemplos. Isabel la Católica estuvo dos años sin mudarse la camisa. Isabel II, se ponía la de la monja sor Patrocinio cuando más manaba la sangre de sus "divinas" llagas, y María Cristina decía que el "bidel" era un instrumento de uso desconocido.

EL I Y LAS MUJERES

En Ciudad Real, por tercera vez en pocos días, las mujeres se lanzaron a la calle en imponente manifestación exigiendo que se venda el pan con el peso exacto.

—Lo de menos es que griten en la calle—decía un comentarista—. Lo peor será que, como en todos los pueblos de España pasa con el pan lo mismo que en la capital manchega y las autoridades no quieren "meterse en harina" con los desaprensivos fabricantes, cansadas las mujeres de gritar, puede llegar un momento en que hagan con los panaderos un pan con unas hostias.

TAN CREYENTE Y PROTESTA

Más pasados se celebraron en la iglesia de Santa Bárbara unas funerales para implorar a Dios que perdone a la reina María Cristina todo el daño que hizo a España.

A la salida, cuatro sabandijas monárquicas, de esas que por el furor histórico de un celibato forzoso se lanzan a todas las locuras, una vez fuera del templo comenzaron a vitorear al belfudo Alfonso y a la monarquía.

pués de escandalizar a Valencia horrorizaba a toda la nación.

Se acordó, como medida armónica y conciliatoria entre las opiniones de Ripoll y los fueros del absolutismo y de la Fe, el quemar a Cayetano.

Pero, pero como el tribunal no quiso, ¡compasivo! ajustarse a la letra de la sentencia, acordó ejecutarla en forma suave e ingeniosa: «el reo no sería más que ahorcado. En cuanto a lo de la tostadura quedaría reducido a meter el cadáver en un tonel donde previamente se habrían pintado unas llamas». ¿Cabe mayor condescendencia? ¡Nunca el espí-

ritu contumaz de Cayetano agradecerá bastante tal gentileza! Así como el darle por tumba el mar inmenso echándole en un ataúd al río, para que lo condujese.

De lo que no pudo prescin-

Intervinieron los guardias de asalto—cuando debieron intervenir los mangueros de la villa—y uno de éstos sujetó fuertemente por un brazo a la sabandija histórica que más escandalizaba.

Una vez en la Comisaría, a donde fué conducida, la de estropajosa, muy indignada se levantó la manga del vestido y mostró al inspector de guardia el brazo, en el que los dedos férreos del guardia habían dejado sus huellas en dos manchas amoratadas. Y gritaba, mientras mostraba el brazo:

—¡Esto es una indignidad, una cobardía! ¡Fíjese, qué bárbaro!... ¡Que conste mi protesta!...

Y el inspector, suave y melífluo, le contestó:

—Es extraño, señora, que siendo usted tan creyente proteste contra unos "cardenales".

UNA MULTA AL VESANICO LEGIONARIO

Al puntal de la monarquía en España, el desdichado Albiñana, el ministro de la Gobernación le ha impuesto una multa de cinco mil pesetas por sus bravatas monárquicas, que no son otra cosa que "modus vivendi" y vamos tirando.

—¡Bah!—dijo uno de sus partidarios—. El doctor Albiñana puede pagar cien multas de cinco mil pesetas cada una, que por algo hizo la "suscripción nacional" para regalarle una casa a Martínez Anido.

PUES YA VERA LO QUE LE ESPERA

La señorita Clara Campoamor, en el banquete con que fué obsequiada días atrás, refiriéndose a las elecciones municipales de Cuenca, dijo que la reacción se aprovechaba de estos momentos y que indudablemente existe un ambiente de derechas y que en otras elecciones será mayor.

—No lo dude—dijo el señor Guerra del Río—. La cosa está clara, señorita Clara. Ya verá cuando comiencen a votar las mujeres. ¡La de "doloras" que le esperan, señorita Campoamor!

J. L. B.

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",

PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

dirse fué de tapar las imágenes colocadas en las calles por donde había de ser conducido a la horca el pecador. Esto no era de jurisdicción del «Camándulas». No era lícito las mancillase con su mirada. ¡Qué

suerte la del maestro de Ruzafa! Hasta para que todo tuviese apariencia de martirio, una chusma soez le seguía lanzándole saliva y canciones más corrosivas que la saliva.

El verdugo poseído de ardiente entusiasmo absolutista apretaba las ligaduras del reo como con un torniquete:

—¡Más flojo, hermano! ¡Por favor!

—¡Retráctate!

—Nunca itiral

Y tiró... Y se le subió en los hombros... El lo quiso, después de todo.

Pedro BARRAGAN

EN COLUMNA DE A UNO



EL DOCTOR ALBIÑANA

ESTE indocto doctor nacionalista, que tan mal quiere a la nación, abrigaba el proyecto turístico de enviar a lejanos países a quienes no pensarán como él; acaso para quedarse solo sobre el solar de España.

Más modesta la concepción turística del señor Casares Quiroga, lo envía a Martilandra, un pequeñín caserío hurdano, del cual no es antípoda el clima espiritual del doctor, precisamente. Y por cuyos senderos andará el licenciado, mientras del confinamiento no se le licencie, con soltura de indígena.

No es un castigo, no, colocar en Las Hurdes a quien quisiera convertir a todo el territorio nacional en territorio hurdano, habitado por analfabetos de las letras y de las leyes; de los deberes y de los derechos; por siervos—y por ciervos—que no por ciudadanos.

Dijo bien el ministro, cuando apuntó la idea de que Martilandra dará ocasión al doctor para el ejercicio de su profesión médica. Y acaso, también—añadimos nosotros—, para sonrojarse ante el oprobio de Las Hurdes, herencia trágica de la monarquía que él quiso sostener, estimulando suscripciones y alzamientos, cabecilla burlesco de la porra y la perra.

Sobremesas

POR PARÁBOLAS

PERDONADME, ante todo, este subtítulo un poquito flamenco; un poquito flamenco porque, así como hay quien "se sale por peteneras" (inclusive en la Cámara constituyente. Y, si no, que me pregunten por el señor Gil Robles), así, yo hoy "me he salido por parábolas".

Y voy a contaros la parábola del jugador de billar.

Un mi amigo de café que se cansó del "chamelo" decidióse por las carambolas. Pero, aficionado a tener sus cosas (uno de esos tipos que, cuando salen de viaje hasta Manlleu se llevan un cubierto y una maquinilla de afeitarse), se compró un taco. Y, antes de lanzarse al público, creyó oportuno entrenarse a solas.

Tomó la tiza y comenzó a friccionar con ella la suela del taco hasta dejarla suave. Pero, inexperto, tanta tiza le dió que "no agarraba", de manera que, resbalando la bola, íbase por cualquier lado menos por donde, lógicamente, debería haberse ido.

Nuestro hombre, creyendo que faltaba tiza aún y que tal era la causa de la rebeldía de la billa, dió más y más, obteniendo cada vez peores resultados.

Entonces consultó con el mozo de billares.

El mozo, hombre rudo en el decir, pero ducho en la cuestión, le dijo:

—Mire "usté": eso es exceso de "vaselina"; frote usted la suela con algo áspero, con lija, por ejemplo.

MORALEJA: Cuando, a raíz de una revolución, se le da demasiada "vaselina" a los reaccionarios, el remedio no está en dar más tiza al taco de billar, sino en darle con algo aspero, por ejemplo, con esa ley de Defensa de la República, que, ya que está ahí, ha de servir para frotar con ella en las narices de la reacción.

HELIOS CRAS



Labios de carmín,
besando un limón...
¡Linda creación
de algún «Don Quintín»;
de algún «Don Quintín»,
como «el Amargao»,
que, lleno de «splín»
se marchó a un sarao,
para, allí, «olvidar»,
haciendo el hindú,
con el tanguear
y el «cótel-vermú»...

Labios maquillados
con «jugo de rosas»;
labios encarnados
que dicen mil cosas;
que dicen mil cosas
y ninguna buena...
(«girls» estropajosas
de té para cena,
son las propietarias

de esas bocas de... ascos;
las reaccionarias
que, cuando el chubasco
que, ha un año, cayera
por el mes de abril,
hacia la frontera
con paso «gentil»,
huyeron, como alma
que robó Satán
y, ahora, hecha la calma,
de regreso están).

La cruz en el pecho,
más Dios en la espalda;
pintado el despecho
de rojo y de gualda...

Labios de carmín
y entre ellos limón...
¡Graciosa invención
de algún puerco... espín!

EL LOCO CANTOR

EN COLUMNA DE A UNO



CLARA CAMPOAMOR

YA lo sabe el lector de la Prensa diaria. En el banquete de homenaje a Clara Campoamor, organizado por Acción Femenina Republicana, hizo explosión una cosa de esas a las que, convencionalmente, se le llama «artefacto» en la letra de molde de todos los días.

La explosión, fué algo más retumbante que un taponazo de botella de champán, abierta en olvido del protocolo silencioso que debe presidir tan importantes aperturas. Sonó, en fin, a algo más que a champanada, y a algo menos que a «máquina infernal».

Arañó un tabique, quebró un lavabo, como hubiera hecho el fresco del dentífrico, resbalando desde el «etagère» de cristal, sobre la palangana.

Pero no hubo un respingo, ni un grito, ni siquiera una inquietud. Siguió el banquete, animadamente, sin que los comensales se turbasen lo más mínimo. ¿Por estoicismo espartano ante el peligro? No, simplemente, porque ya las damas no se asustan de un ratón, ni Clara Campoamor y sus admiradoras y correccionistas llevan en el bolso el frasquito de sales, que aun forma parte del arsenal reticular de las señoras «verdes».

Buena lección de optimismo, para quienes piensan que las mujeres republicanas, puedan dejarse arrollar fácilmente en trances electorales, o en otros trances.



Madrid.—En el Palacio Nacional. El Presidente de la República, señor Alcalá Zamora, y el Jalifa de Tetuán, al terminar la recepción oficial de éste, rodeados del jefe del Gobierno, ministro de Estado, altos funcionarios de la Presidencia y moros notables que han acompañado al Jalifa en su viaje a España. — (Fot. Vidal)

Motor gráficas de Madrid y de Barcelona



Madrid.—En el Palacio de Exposiciones del Retiro. El Presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, en el acto inaugural de la Exposición Nacional de Bellas Artes.—(Fot. Vidal)



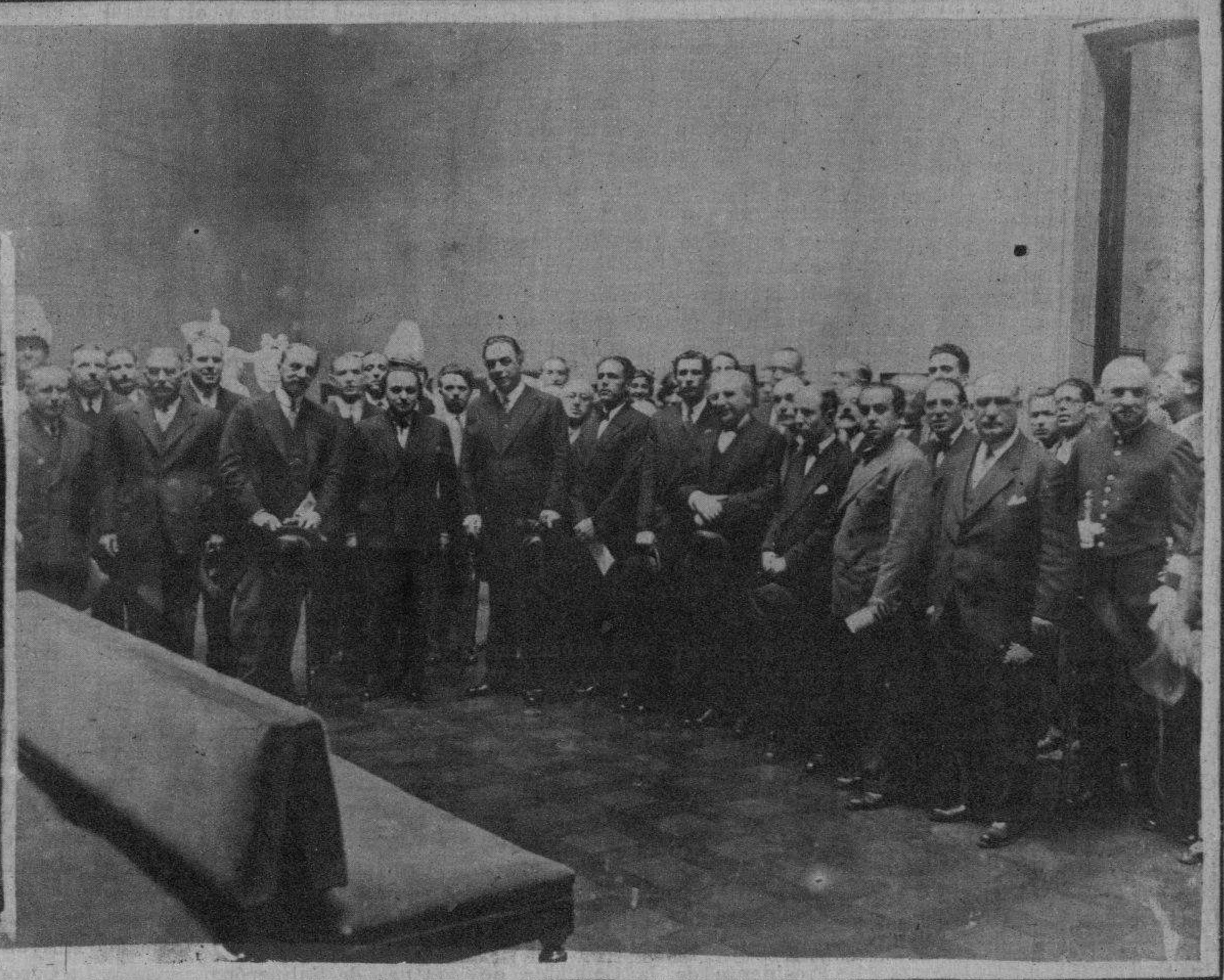
Concurrentes al barquete con que se obsequiaron, a bordo del vapor «Franca Pa», fondeado en la Estación marítima, a los reporteros de la Prensa barcelonesa, encargados de la información municipal. (Fot. Pérez de Rozas)



Madrid.—El señor Alcalá Zamora, inaugura oficialmente las emisiones de la «Radiodifusión Iberoamericana», dirigiendo la palabra a los habitantes de los países americanos. — (Fot. Vidal)



Nuestro ilustre amigo, don Juan Pío y Pon, durante la visita que realizó al Ateneo Republicano del Distrito VI, acompañado del ex diputado don José Pérez de Rozas, con la presencia de aquella entidad y otras personalidades. (Fot. Merletti)



En el Palacio Nacional, de la Exposición. Las autoridades, en el acto inaugural de la de Primavera. (Fot. Merletti)

REPORTAJES DE "LA CALLE"

LO QUE NOS CUENTAN LOS VIEJOS REPUBLICANOS



Don Juan Colominas-Costa, «el viejo», el patriarca, fundador del Centro Republicano de la Barceloneta

CADA Centro, como cada persona, tiene fisonomía propia, que es, siempre, o casi siempre, producto del medio, de las costumbres, del clima y hasta del paisaje. De donde resulta, según esta novísima teoría que acabo de lanzar como un globo sonda a la posteridad, que si en vez de venir al mundo en una ciudad incomparable, tierra de Papas, patria de hombres ilustres — de allí soy yo, como decía Boix —, me da la ocurrencia de dar el salto en una tribu, a estas horas, en vez de soportar el cuello de la camisa que me siega criminalmente y de oír hablar del Estatuto, me tienen ustedes tan ricamente luciendo magnífico taparrabos procedente de la esclavina de un misionero esca-bechado y haciendo el indio.

¿Qué a qué viene todo esto?... No sé... Es que, en confianza, a mí me han encargado escriba de algo que no recuerdo bien. Y como esto del escribir es como sacar punta a un lápiz... La cuestión es empezar. ¿Comprendido?... ¿Ni palabra?... Es curioso. Lo mismo me ocurre a mí con el consecuente y acreditado filósofo Eugenio D'Ors...

—24508... Oiga... ¿Don Juan?... Aquí LA CALLE... Sí. Necesito hacer una visita al Centro Republicano de la Barceloneta. Hombre, quisiera me acompañase usted... Muchas gracias... Hora y sitio. Mañana... A las diez... En su casa... Yo paso a recogerlo... ¿Entendidos?... Hasta mañana, don Juan.

Este don Juan, ex presidente, ex concejal, ex diputado pro-

El pequeño filósofo que soy. - Una llamada por teléfono. - Camino del reportaje. - El espectro del pasado. - En el Centro Republicano de la Barceloneta: sus luchas, sus hombres, su pasado, su presente. - Colominas Soto vive en su obra

vincial, hijo del fundador del Centro Republicano de la Barceloneta es don Juan Colominas-Maseras, excelentísimo señor por su sencillez, su cordialidad y su cultura.

Las diez de la noche. Colominas-Maseras y yo vamos a pie hacia el Centro. A nuestra derecha queda el mar; sobre el fondo negro de las aguas tejen su red inacabable las luces verdes, rojas y doradas de las embarcaciones. El mar parece dormido; duermen los botes; duermo un pescador... De vez en cuando vuelvo la cabeza intranquilo. He de advertir que vamos haciendo camino entrevistas, y, como no conozco las costumbres, no se si también los trenes se entregan a estas horas a aquel dulce sueño que he tenido el honor de descubrir antes hasta en los calamares.

Colominas-Maseras evoca otros tiempos... El rescoldo se anima al soplo de los recuerdos y brillan fugaces chispas de anécdotas y ocurrencias políticas encantadoras... Cuenta ahora una, preciosísima, de la que fué actor, sin quererlo, Rocha, el actual Embajador de la República en Portugal... De pronto, el rostro apacible y redondo de don Juan palidece.

—¡Oh! ¡Oh!...

—¿Qué pasa?

—Algo horrendo, espantoso...

Había logrado olvidarlo y ahora surge implacable como un espectro...

Poco a poco ve serenándose, y perfilando el escenario... Colominas-Maseras era, a la sazón, concejal. Parece que se discutían los Presupuestos y, naturalmente, el salón de sesiones se hallaba desierto... Un concejal de la Lliga dormía beatíficamente... Se celebraba sesión permanente que duraba ya varias noches... Los señores concejales en el despacho del Presidente de la Comisión de Hacienda, alrededor de una mesa, seguían inquietamente

el vuelo de unas cartas misteriosas... De vez en cuando corrían en tropel al salón, votaban concienzuda, patrióticamente en el Salón; acaso era él el concejal que dormía en la penumbra de un escaño, y lo cuelga a la Lliga; la política no tiene entrañas. Nuestro hombre anduvo errante de aquí para allá hasta que dió con sus huesos en la salita de los conspiradores... Colominas Maseras no había jugado nunca, y aquello era el juego, el juego que se traga fortunas y honras... Alguien le dijo que arriesgando unas miserables pesetas podía ganar fortuna, y entonces, nuestro hombre, introdujo el índice y el pulgar en el bolsillo del chaleco y sacó un duro...

—¡Oh! ¡Oh! — soy yo ahora quien exclama mascando la tragedia.

—A las siete de la mañana había perdido cuanto llevaba encima, ¡todo!... Tuve que regresar a casa a pie...

—¿Mucho?...

—Nueve...

—¿Nueve mil pesetas?

—Nueve cincuenta. Al siete y medio. Se jugaba fuerte, fuerte... No he vuelto a jugar más.

Los dos lanzamos un suspiro de honda satisfacción.

* * *

El Centro Republicano de la Barceloneta—se nos dice—fue fundado por un grupo entusiasta de republicanos adheridos al Partido progresista acaudillado por Zorrilla, en 1883. El más destacado de los fundadores era don Juan Colominas-Costa. Muerto Ruiz Zorrilla, el entonces Círculo Progresista se mantuvo en su puro matiz republicano sin sumarse a ninguna fracción hasta 1903 en que se afilió a la Unión Republicana bajo la Jefatura de Salmerón.

Al producirse el movimiento de Solidaridad Catalana se in-

clinó del lado de Alejandro Lerroux, y, fundado el Partido Radical, se adhirió al mismo. En las elecciones de la Solidaridad fué la Barceloneta el único distrito donde Lerroux obtuvo mayoría.

Una característica, acaso única en los reglamentos de sociedades políticas, tiene el de este Centro, que conservó, a pesar de haber dado lugar a discusiones apasionadas, un artículo que dice: «podrán pertenecer a la sociedad todo republicano, sea cual fuese su tendencia, dentro del común denominador de la República.

Desde su fundación hasta 1908 en que se trasladó a la casa que hoy ocupa estuvo domiciliado en el número 29 de la calle Atlántida. Fué primer presidente del Centro don Francisco Lloret; hoy lo preside don Manuel Millans.

La tribuna de conferenciantes del Centro ha sido ocupada por don Nicolás Salmerón, don José María Carvajal, don Rafael María de Labra, don Laureano Figueroa y don Serafín Asensio Vega. También el actual ministro don Fernando de los Ríos, de regreso de Alemania, apenas terminada su carrera universitaria.

En 1891, por primera vez, tomaron parte en las elecciones, ganando el acta para don José Antonio Laporte, presidente del Casino. En las elecciones municipales de 1895 presentó a don Odón de Buen, ganando la batalla a pesar de las coacciones de las autoridades que sacaron la fuerza armada a la calle. En el escrutinio general se le arrebató el acta ocasionando graves disturbios. Indignado por este atropello, acordó el retraimiento, del que no salió hasta 1901, en que, formando parte de la candidatura de coalición republicana patrocinada por Lerroux, presentó de nuevo a Odón de Buen, saliendo triunfante.

En el Círculo Republicano de la Barceloneta habló Lerroux el mismo día que dió su célebre mítin en el desaparecido Teatro Nuevo Retiro pidiendo la revisión del proceso de Montjuich, acompañándole Dionisio Pérez.

Desde 1903 hasta 1931, alcanzó las mayorías, llevando al Ayuntamiento a don Eusebio Corominas, don Ramón Palau, don Francisco Magriñá, don Juan Colominas-Costa, don Jal-

LOS ESPONTANEOS

LO QUE PIDE UN PUEBLO

EL actual ministro de Hacienda, don Jaime Carner Romeu, durante su reciente visita a Vendrell, su pueblo natal, ha hecho públicas las enormes cantidades de dinero que en Marruecos ha gastado España inútilmente.

Africa, inmenso sudario donde duermen su sueño eterno docenas de miles de españoles sacrificados en la flor de su juventud, por la torpeza, la vanidad y la cobardía de una serie de Gobiernos indignos e incapacitados, a las órdenes de una monarquía canallesca; Africa, repetimos, con su enorme fauce siempre abierta, ha engullido la formidable cantidad de cinco mil millones de pesetas; una colosal fortuna que, puesta al servicio del país, dando incremento a la construcción de escuelas, de canales, de carreteras y demás mejoras de las que estamos tan faltos, hubiese llegado a ser la salvación total de España, y el resurgimiento glorioso de aquel pasado histórico tan brillante que, por desgracia, no hemos vuelto a ver jamás resucitado. Es más: hoy día sería España una nación poderosa, que marcharía a la cabeza de todas las naciones de Europa e incluso de América quizá.

¿Qué ventajas hemos conseguido en Africa? Ninguna. Nos hemos pasado años y más años en constante lucha con los naturales del país, pobres diablos que no cometen otro delito que el de de-

fender con ahinco el suelo patrio. ¿No haríamos nosotros lo mismo si el día de mañana una nación cualquiera pretendiese atropellarnos por la fuerza, bajo el fútil pretexto de modernizarnos? ¿No iríamos, en este caso, todos, hombres y mujeres, en busca de un arma cualquiera con que defendernos de la invasión ilegal del enemigo? ¿No lucharíamos en las montañas, y en las calles y plazas de nuestras ciudades, con un ardor y un entusiasmo tal que nuestro arrojo e incansable actividad llegaría a causar asombro y perplejidad al enemigo?

A los que defienden el suelo patrio y lo riegan generosamente con su sangre, como los moros en Africa y los indios, acaudillados por Ghandi, en su país, se les llama rebeldes. ¿Rebeldes, por qué? ¿Por defender con ahinco la tierra que les vio nacer? ¿Por hacer frente a las fuerzas que se adentraban en un terreno que no les pertenece y que pretenden conquistar a viva fuerza?

En tal caso, cuando Napoleón invadió España a principios del pasado siglo, también éramos rebeldes los españoles.

Cuando los moros invadieron nuestro suelo hace varios siglos, ¿lo éramos también? Adviértase que los moros realizaron maravillas en nuestro país, ya que fueron los verdaderos maestros de la arquitectura. Prueba de ello

es que conservamos todavía infinidad de obras artísticas en diversos lugares de España, principalmente en Granada, joyas que aún hoy día causan la admiración unánime de todos cautos las contemplan. Y, sin embargo, a pesar de las evidentes muestras de capacidad y laboriosidad de los invasores y de los constantes progresos que en nuestro suelo realizaron, luchamos cerca de cuatro siglos contra ellos, hasta que, al fin, logramos echarlos de España para siempre.

Por eso pedimos el abandono de Marruecos. Dejemos ya de una vez esa tierra ingrata que tanto dinero y tantas víctimas, torpemente inmoladas, nos cuesta.

Se dirá que hay un Tratado internacional que nos obliga a permanecer allí para siempre. ¡Error! Al firmar aquel Tratado, firmaba España su propia sentencia de muerte.

Cuando la voluntad de un país es que se abandone Marruecos, esta voluntad debe acatarse fielmente, ya que contra la voluntad de toda una nación nadie puede oponerse. Además, el Tratado a que nos referimos fué firmado en España bajo la monarquía, que es lo mismo que decir en tiempos de crueldad y despotismo.

La República la ha traído el pueblo también, no el Gobierno y los diputados solos, y tanto al primero como a los segundos cúmples actuar

estrictamente en el sentido que el pueblo demanda.

El pueblo entero pide que se abandone Marruecos.

Ni un soldado más—ya sea voluntario o no—debe dormir el sueño eterno en aquellas tierras inhospitalarias, en las que quedó hecha trizas la dignidad de España cuando los vergonzosos desastres del año 21 y posteriores, y en cuyas entrañas yacen los restos de verdaderos ejércitos inmolados torpemente en aras de unos egoísmos por todos repudiados.

Ejércitos de paz son los que necesita España. Nuestra tierra está pidiendo a gritos muchos millares de brazos jóvenes y fuertes que la cultiven con cariño.

El muchísimo dinero que Marruecos se nos lleva inútilmente debe quedarse aquí, dentro de España, y dedicarlo a la fomentación de canales, carreteras, escuelas laicas y barcos mercantes.

No debe haber obreros o empleados sin trabajo, sin hogar y sin comida. Antes que todo, el Gobierno debe procurar el mayor bienestar del pueblo. Entonces, realizados tan bellos y anhelados ideales, entonces, repetimos, es cuando nos agruparemos como un solo hombre en torno a la gloriosa bandera republicana formando un bloque imponente y dispuestos a dar la vida por ella si es necesario.

José OLIVER RAMON

me Morfós, don José María Serrallera, señores Fabra y Ballester, don José Rocha, García Inglada, Blanqué, Doménech Busca y don Felipe de Solá.

El Centro Republicano de la Barceloneta sostiene unas Escuelas, inauguradas en 1915, siendo presidente don Juan Colominas-Maseras, en las que reciben instrucción, actualmente, más de doscientos alumnos. También el 1915, y siendo presidente el señor Colominas-Maseras, se inauguró la Cooperativa, de una importancia decisiva para el Centro.

Presiden la sala principal de la casa los retratos de Sol y

Ortega, Alejandro Lerroux, don Hermenegildo Giner de los Ríos—deliciosa anécdota la que se nos cuenta de este patricio fino y educado, presidiendo una asamblea—, Colominas-Costa y don Narciso Cartea. En la Biblioteca nos encontramos dos retratos: el de Ferrer Guardia, un Ferrer Guardia atildado, elegante, desconocido, y el de Blasco Ibáñez en la plenitud de su vida, este retrato vigoroso que encontramos con una dulce emoción de nuestro valencianismo en todos los centros republicanos de Barcelona. En la Sala de Comisiones, enmarcando el retrato de Lerroux, el

texto íntegro de «Los cocodrilos», el artículo que comparte con «¡Rebeldes, rebeldes!», el mejor recuerdo de flama de su juventud.

El Centro tiene una sala de espectáculos con cabida superior a quinientas butacas; un verdadero teatro.

Para terminar: Unas palabras de buen recuerdo a la memoria del fundador don Juan Colominas-Costa, «el viejo», el patriarca, el republicano forjado en los días de barbarie de una guerra civil, el creador del estado de conciencia republicana de la Barceloneta. Llamarse republi-

cano hace diez años, significa bien poco; alardear de serlo hoy, nada; más bien puede ser provechoso si se es desaprensivo, que de todo hay en la viña del Señor; llamárselo hace cincuenta años acusaba un temple, una conciencia y una rectitud inapreciables: era una heroicidad. Yo se algo de eso, por haberlo respirado en mi casa, a la sombra de mi padre, cuando leer «Las Dominicales» y «La Antorcha Valentina» significaba la excomunión que era tanto como condenarte al hambre.

Alejandro BELLVER

LAS DELEGACIONES DE TRABAJO Y EL PORQUÉ DE SU INEFICACIA

EL Parlamento ha discutido y ha aprobado, el proyecto de ley sobre las Delegaciones de Trabajo. A pesar de la ruda, decidida y razonada oposición que encontró en la Cámara, el proyecto se ha aprobado; pero con grandes apuros.

Y es que, realmente, la creación de cincuenta Delegados de Trabajo, que representarán en cada provincia al Ministerio de Trabajo y Previsión, con facultades tan amplias, que, exceptuando en los conflictos de orden público, anularán la autoridad y la actuación de los gobernadores civiles, constituye una de las mayores anomalías que habrán salido de las Cortes Constituyentes. Por ello, los sectores políticos y los diputados que estiman en algo el prestigio del Parlamento, se aprestaron a poner todos los obstáculos imaginables a la aprobación de dicho proyecto de ley.

Y es que desde el punto de vista social, como beneficio o ventaja para la organización obrera, no tienen razón de crearse las Delegaciones de que se trata, porque no significan ninguna finalidad ni han de realizar ninguna misión eficaz. Las Delegaciones provinciales de Trabajo, vienen a sustituir a las Delegaciones regionales, que han fracasado ruidosamente, completamente. Y han fracasado, unas veces, por incompetencia e inhabilidad y falta de tino de los que las desempeñaban y otras veces, porque los obreros se negaban a acudir a ellas y a acatar sus indicaciones, acuerdos o decisiones, porque no tenían fé en su imparcialidad o ponderación.

Y si ocurría así, antes del régimen republicano, y ha continuado del mismo modo desde la implantación de la República, porque lo único que se ha hecho es confiar tales cargos y los de las mesas de los Jurados Mixtos de Trabajo — los antiguos Comités Paritarios — elementos afectos a los socialistas, reunieran, o no, condiciones y competencia para ello, prescindiendo de las personas que los ocupaban, muchos de los cuales tenían una preparación adecuada y el entrenamiento necesario para llevar a cabo una labor positiva, ¿cómo pueden tener confianza los obreros en la actuación de los nuevos Delegados provinciales,

ni aun siquiera de los organismos paritarios?

Dejando aparte la autoridad y facultades que restarán los Delegados provinciales de Trabajo, a los gobernadores civiles — que ya es bastante, en un Estado bien organizado —, había para oponerse a la aprobación de tal proyecto de ley, en la forma en que se presentó al Parlamento el motivo fundamental de que se trata de constituir unos representantes administrativos provinciales de los socialistas para que ejerzan cierta influencia en favor de su organización obrera para sumar adeptos a la misma, y esto no debía consentirlo ninguno de los sectores republicanos, porque se inferirá un grave daño al régimen, y se acentuarán las luchas existentes entre las distintas tendencias de la masa obrera.

Bien está, y muy conveniente es, que se forme un cuerpo de Delegados de Trabajo, de Asesores técnicos, o como quiera denominárseles, integrado por personas que acusen una preparación adecuada, que dominen toda la legislación social, que sean ponderadas e imparciales y que no lleven el sello de una determinada agrupación política u organización

societaria — cada una podrá tener las ideas que mejor le acomoden, pero en el desempeño de su cargo, ha de despojarse en absoluto de ellas —, para asesorar a los gobernadores civiles en los conflictos derivados de los problemas del trabajo, más no se concibe el empeño de crear cincuenta Delegaciones autónomas, con sueldos muy superiores a los que disfrutaban los funcionarios del Estado con veinte años de servicios, recargando el Presupuesto extraordinariamente, en unos momentos en que se imponen las mayores economías, pues se han tenido que aumentar casi todos los tributos para salvar la apurada situación del país.

Aparte el interés natural que pueda tener el Ministro de Trabajo y Previsión, señor Largo Caballero, en favor de su partido y de la organización obrera afecta al mismo, estamos completamente seguros que al idear el proyecto de ley sobre las Delegaciones de Trabajo, obró con los más buenos deseos y creyendo efectuar una obra muy conveniente para enjuiciar serenamente los conflictos sociales. Y en esto, está muy equivocado. Su labor al frente del citado ministerio, ha sido,

desde el primer día, demasiado partidista, excesivamente tendenciosa, para que tenga la debida eficacia esa ley, y los proyectos de Asociaciones profesionales y del Control obrero, si se llegan a aprobar. El señor Largo Caballero, para causar buen efecto a los obreros todos, pertenezcan al sector que pertenezcan, y para inspirarles confianza plena y hacer que acataran y respetaran las disposiciones y acuerdos del Ministerio de Trabajo y Previsión, y de los organismos paritarios, debería haber obrado con toda equidad e independencia, sin mostrar inclinaciones ni preferencias hacia nadie. Había de haber prescindido de su condición de individuo de la U. G. T., para solamente ver las necesidades y conveniencias de los obreros en general, para dar satisfacción a todos ellos y evitar complicaciones al Gobierno de la República.

Mas no ha sucedido así, y por ello se explica que tengan tan poca autoridad y eficacia, cerca de los obreros, los Jurados Mixtos de Trabajo — en buena parte, por el abandono en que se les tiene, por el afán de que sus vocales sólo pertenezcan a la U. G. T. o a organizaciones adictas —, y que las Delegaciones regionales sean completamente inútiles, pues no han servido ni para orientar, ni para encauzar, ni para solucionar conflicto alguno.

La campaña que se ha hecho en el Parlamento y en la Prensa, contra el proyecto de ley sobre las Delegaciones de Trabajo, en la forma que se ha presentado, ha sido muy oportuna y pertinente, aunque, desgraciadamente, inútil. Todo lo que no signifique un beneficio práctico y seguro para la clase obrera, o no tenga una evidente trascendencia social, no debe llevarse a las Cortes. Para crear cincuenta plazas — y otras complementarias de las mismas —, de funcionarios administrativos del Ministerio de Trabajo y Previsión, que establezcan una pugna con los gobernadores civiles y puedan perturbar el normal desenvolvimiento de la actuación del Estado, no valía la pena de cargar con importantes partidas sus Presupuestos, harto forzados.

¡ASI DARIA GUSTO!



Gran Guerra, el ex kromprinz, como si no hubieran pasado los años (para las ideas, que para él sí, pues aparece bastante más viejo en el grabado, cosa natural, y mucho más nutrido, que no lo es tanto), alarga la mano, vestido de gran uniforme, a unos ex combatientes que sonríen con satisfacción servilona, muy 1913, más contentos por ser honrados en tal forma por el Hohenzollern que por haber escapado con vida de aquella zambra cuya algazara aún dura.

Así daría gusto. Un compás de espera con el Borbón y sus nenes, contentitos y nutriditos, a la fresca sombra de una república de "crema" vaciada en el molde de una revolución de celuloide como la alemana, podría ser "conlleada", sin someter a España al "tormento de la cruz", mientras se caminaba, risueña y tranquilamente, hacia las ollas de Egipto.

UNA fotografía publicada en muchos periódicos nos da la visión de cuerpo entero de la clase de República que los cavernícolas españoles, ante la fuerza incontrastable de los hechos y mientras no cambiaran los tiempos, estaban dispuestos a aceptar.

Con motivo o pretexto de un homenaje a la memoria de los soldados del regimiento de Potsdam muertos en la

PAGINAS FEMENINAS

VAINICAS

EL hecho, es cierto. Respondemos de ello. El hecho es cierto, aunque parezca increíble: hemos visto a una señorita, a una bella señorita, a una encantadora señorita, completamente vestida—sombrero, traje, guantes, medias y zapatitos—de amarillo.

Seguramente, la circulación de una damita así ataviada por las calles estimará el lector que no había de ser motivo de asombro para nadie. Pero se asombrará, cuando le digamos que esa muchacha llevaba de cada mano a un niño... vestidos de colorado de la cabeza a los pies. Componían, en fin, una bandera monárquica familiar.

¡Y pensar que esa señorita y esos niños tendrán un papá y una mamá!... ¡Lástima de azotes!... ¡Lástima de azotes, claro es, para el papá y para la mamá!...

Diálogo, en el salón de té:

—¿Porqué llevas esa cruz?

—Porque soy monárquica.

—¿Ah, sí? Pues yo, porque soy republicana, llevo también el crucifijo: pero sobre el corazón; y en el corazón. La otra cruz, la de la monarquía, ya la llevé bastante tiempo; ya fuimos bastante tiempo los españoles con la cruz a cuestras...

No hay que tomar demasiado a risa a las llamadas "damas de Estropajosa"; ni las damas catequistas es discreto que despierten nuestra hilaridad. ¿Por qué? No, no, lo prudente no es reírse de ellas, sino imitarlas, en aquello en que son dignas de imitación: en su tozuda tenacidad.

Hay que crear lo que podríamos llamar "catequesis de la República". ¡Tan fácil que sería nuestra labor, con el campo de España abierto a recibirla! Tan fácil, por lo menos, como difícil es la suya, hecha de anacronismos turbios y falaces.

SENOS EN LIBERTAD

CINCO muchachas — llamémoslas «girls», para entendernos mejor, diciéndolo peor—, de las que evolucionan en una «Revista» teatral servida a los madrileños, se han presentado con los senos al aire a la lívida luz de la batería.

Quedan las diez ubres en muy segundo término — por algo son pechos de «girl» y no pechos de «estrella»—, pero así y todo, el espectador no miope en demasía, puede apreciar, en la quintuple pareja de «palomas» sueltas, cuanto es corriente que de su región pectoral sostengan y sustraigan con el «sostén» las damas.

Se han mostrado las chicas con los pechos al aire — o al socaire — del tablado... «Y no ha ocurrido nada», al decir de críticos y repórters. ¿No ha ocurrido nada? Sí. Y algo muy grave. Ha sucedido que los repórters y los críticos muestren un como asombro, una como extrañeza ante la inmovible continuidad de la marcha equilibrada de los mundos, «no obstante» la exhibición sin cendales de las diez medias esferas de carne de mujer.

Que nuestras «girls» muestren sus pechos liberalmente en un cuadro de «revista», puede tener una eficacia para subrayar el desmoronamiento de los viejos prejuicios. Pero si de ello se extraña la gente, pónese en evidencia que los prejuicios continúan en pie. Y lo estarán en tanto diez pechos de mujer a la luz de las candelas, constituyan un acontecimiento.

No es, sin embargo, extraño.

Hay hombres que no compran libros. Lo cual está muy mal.

Hay hombres que compran libros, sólo por ellos, considerando que su mujer alcanza suficiente expansión espiritual con dedicarse a la elevada tarea de zurcirle los calcetines. Y esto tampoco está bien.

Pero aún hay otro tipo "nocivo" de comprador de libros: el que elige una índole de lecturas, profundas, para él, y otra, frívola, para su mujer, separando así sus espíritus, acaso para siempre.

Si en España las madres recatan el seno que dan al hijo, considerando tácitamente nefanda la más augusta función del pecho de la mujer, no es extraño que se oculten los «senos secundarios» (perdón: los de «ejercicio artístico») y que cuando se descubran obliguen a mostrar su asombro aldeano, «porque no se hunda el mundo», a las gentes de pluma.

No es grato, no, que sea aun un «problema» el pecho de la madre y el pecho de la «girl», aunque la verdad es que sólo para «Ellos» se plantea. Y aun no para todos «Ellos», sino para quienes, creyéndose marchar ágilmente por los nuevos caminos, se arrastran bajo el polvo de los tópicos, recogidos en todos los caminos viejos. Para las mujeres; para las «Ellas» de ahora, no.

Al llegar aquí; es decir, al llegar ahí, a la división que marca el trípode de los asteriscos, releo lo escrito y me parece que alguien podría entender, en lo que dije, un canto al desnudismo.

No era ese mi propósito. Y no por miedo al desnudismo en general, sino al particularísimo, pobre y masturbante concepto del desnudismo español, que bajamente explotado en grafías lamentables, se acerca más a Onán que al Paraíso.

Mi intención fué abogar porque, de una vez, «se le quite importancia» al desnudo de la mujer. Porque la Fémica no quedará — pasad la paradoja— definitivamente incorporada a lo social y a lo político, «mientras su cuerpo la acompañe».

Y no soy una mística que se disciplina para agostar sus flores, pero sí estimo más las del alma libre. Aunque la verdad es que las ideas en libertad de la mujer de hoy, emancipada, asustan más—itodavía—a las gentes, que sus pechos sin sostén.

Carmina FONSECA

TODA mujer española que tenga algo interesante que decir a las demás mujeres de España, debe hacerlo desde las «Páginas Femeninas» de LA CALLE.

DECALOGO

DIEZ CONSEJOS A LAS MADRES:

★ Cuando acunes a tu hijo, enorgullécete de tener en el halda a un ciudadano de mañana.

★ No hagas con el espíritu del niño nada de que pueda mostrarse avergonzado el ciudadano.

★ Para educar a tu hijo, piensa siempre que, cuando comienzas a ser madre, en el más alto concepto de la palabra, es después de haberlo sido físicamente.

★ No localices tu felicidad de madre en el hecho de que tu hijo sea físicamente bello, sino en que tenga un bello corazón, superviviente de los tirabuzones y de los hoyuelos.

★ Aprende mucho, para no embobarte ante la ciencia de tu hijo porque sepa más que tú, sino por ser reproducida en él la ciencia que le enseñastes.

★ Es verdad que el árbol descuidado crece contrahecho, pero elige bien las guías que has de poner al árbol que es tu hijo, ya que no todo consiste en crecer derecho, sino en no crecer estúpido.

★ Enseña a dar limosnas a tu hijo. Y enséñale, sobre todo, a colaborar en la gran cruzada de que sobre la tierra no haya muy pobres ni muy ricos.

★ No cuentes a tu hijo demasiados cuentos de reyes y de príncipes. Refiérele la hermosa realidad de que él mismo puede ser rey: jefe del Estado.

★ Bajo la República, debes ver aumentado tu orgullo de madre. Porque todas las madres pueden parir al primer ciudadano de la Patria.

★ No olvides que tus hijos no buscarán en el hogar solamente los buenos manjares—que no son lo de menos—, sino las buenas ideas—que son lo de más.

EN U. R. F. DE MADRID

LOS FRIGIOS, por LEY

Una conferencia del señor Salazar Alonso, acerca de «Los orfelinatos de la República»

CON la gran afluencia de público que es consustancial a todos los actos organizados por Unión Republicana Femenina, de Madrid, en el local de esta simpática y batalladora entidad dió su anunciada conferencia acerca de «Los orfelinatos de la República», el señor Salazar Alonso.

Comenzó diciendo que a su llegada a la Diputación provincial madrileña, como presidente de la misma, dejó a la puerta su peculiar credo político, separando de éste su cargo, en absoluto. Su actuación fué inspirada, en primer lugar por el imperativo de que España empiece a construirse, a entender al individuo y a que el Estado, la República, sea la familia del que no la tiene.

Mientras casi todos los recogidos en El Pardo — más de doscientos—, estaban enfermos de tracoma, la Diputación tenía un gran edificio hospicio cerrado. Para utilizarlo, se hizo algo primordial, aunque a primera vista parezca una nimiedad: cambiarle el nombre

de Hospicio — ¡tan depresivo! — por el de Colegio. Así actualmente, ya en ejercicio de sus altísimas funciones se llama Colegio de Pablo Iglesias.

La Diputación republicana, se preocupa, con vigilante atención, de proteger a la madre, forma la más eficaz de proteger a la madre, por lo que pronto será una realidad la creación de una gran Institución Maternal y de Puericultura.

Para terminar, pintó de mano maestra la tragedia de los hogares verdaderamente necesitados, cuyos moradores sienten el rubor de pedir un bono de alimentos y padecen hambre silenciosamente, en cuyo socorro hay que acudir, pues la República no debe esperarlos, obligándoles a exhibir su pobreza, sino ir a remediar la pobreza donde esté.

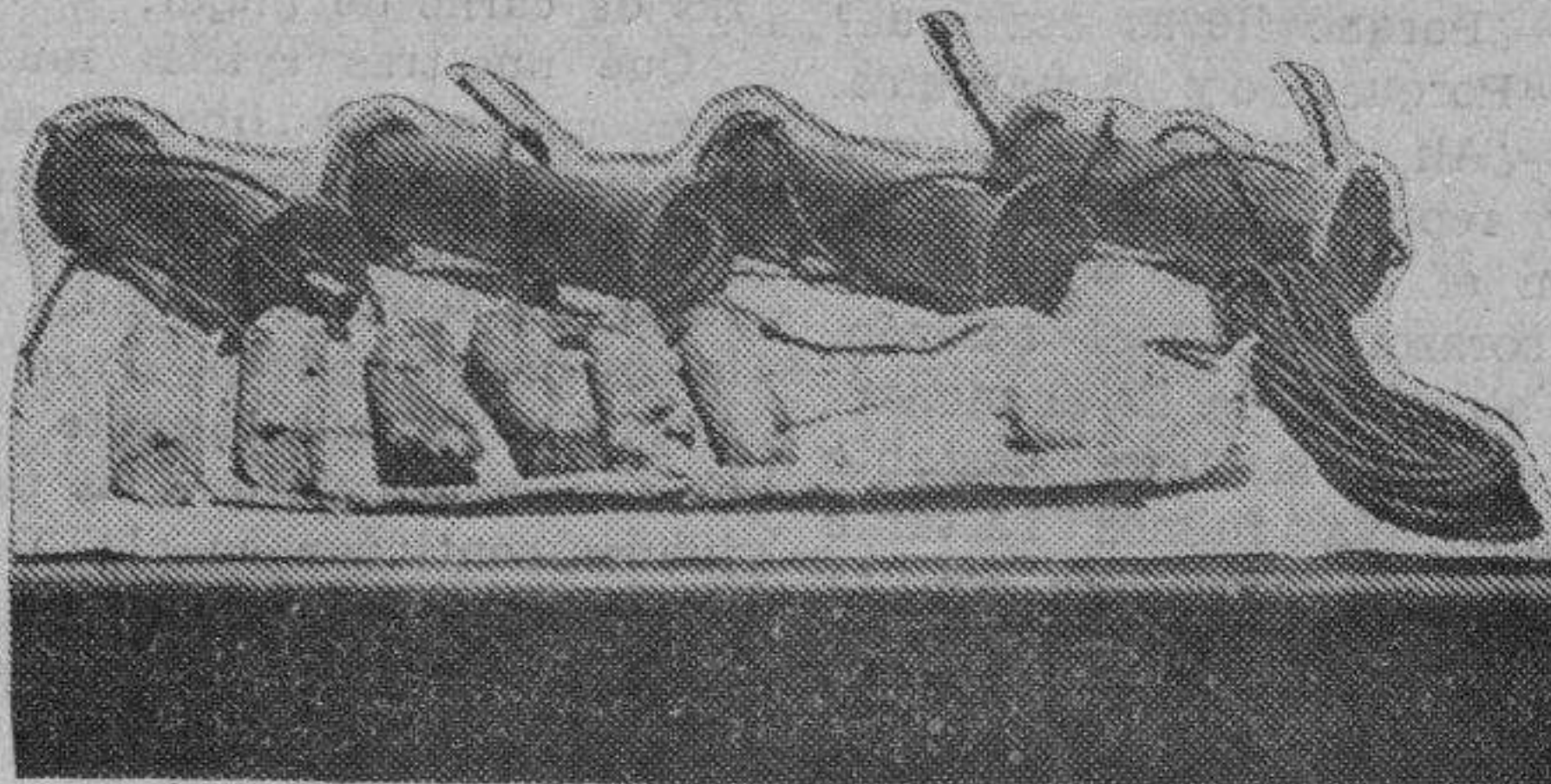
La conferencia del señor Salazar Alonso, que fué muy aplaudido, constituyó un nuevo éxito para Unión Republicana Femenina.



—Ahora mismo la cogia y...
—¿Y por qué no lo haces?
—Porque me asusta la carabina.

LA OTRA COMEDIA

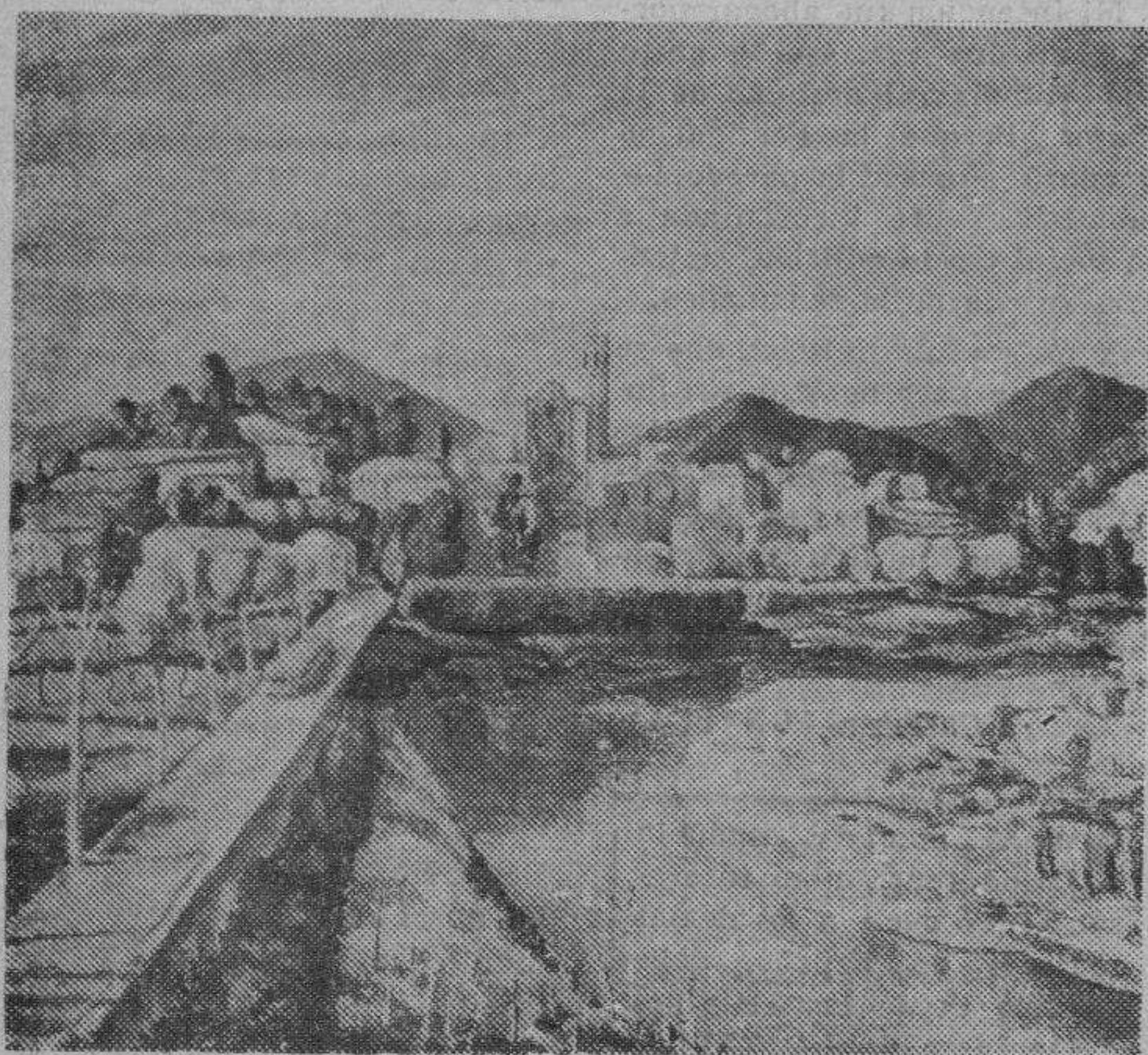
ARTEFACTOS



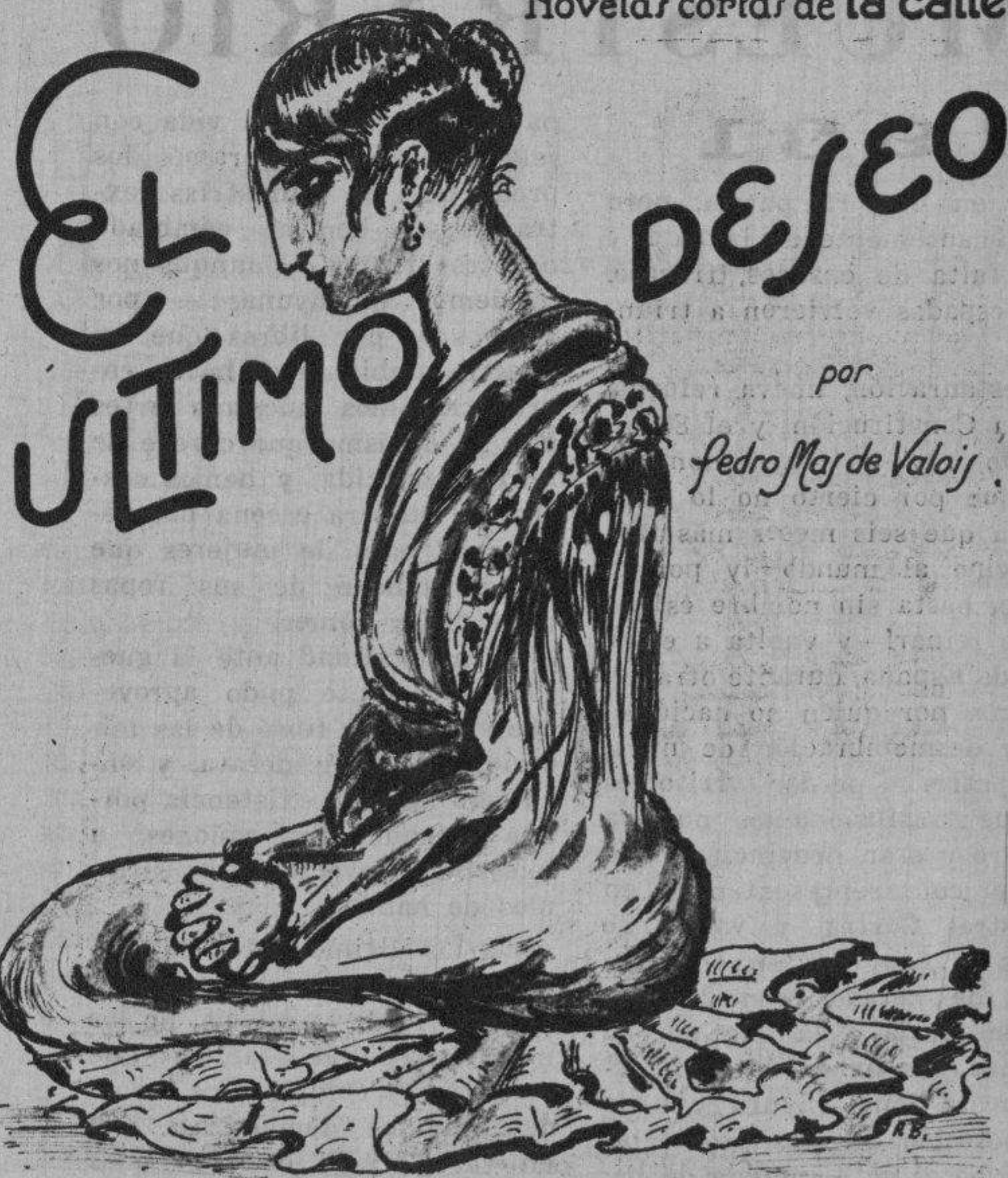
¿Verdad que parecen aparatos de galenita, para escuchar la radio, modestamente, o aquellos chirriantes cilindros de la primera infancia fonográfica? Pues son nada menos que «artefactos»; terribles máquinas destructoras, sembradas a boleó sobre los surcos nacionales y recolectadas ahora, la verdad es que sin florecer en demasiado trágicas amapolas. Cardos borriqueros, más que flor-llama de tragal.

Ha dicho un ingenio despierto, atildado y sutil, que encontrar una bomba es más terrible que encontrar muchas bombas, y dijo la verdad. Porque una bomba, en singular, es lo corriente que no sea encontrada hasta tanto no explota; hasta que no ha cumplido su misión subversiva y destructora. Mientras que las bombas en plural, en depósito o en «stok», muchas veces no son signos de histérica impotencia; voces grotescas de enano de la venta, que se quedan en la garganta.

No se asuste, no, de esta pirotécnica cosecha del segundo año de República. No se asusten, siquiera, los que las escondieron y ocultaron la mano, aunque no las tiraron, y ahora—¿vamos a no engañarnos, queridos «roji-verdes»?—respirarán como el mozalbete a quien se ha sorprendido en trance de realizar una travesura y se ve así libre de cometerla.



M. PIDELASERRA. — «EL RIO»
(Véase información en la página 25)



I

—Mal hombre... Asesino...

Javier pegó un portazo que hizo retemblar toda la casa, tosió violentamente y, perseguido por los gemidos lastimeros que lanzaba su mujer, comenzó a descender los ciento veinte escalones que le separaban de la calle.

Al salir, aspiró una bocanada de aire fresco e intentó poner en orden los escasos mechones de cabellos que coronaban su frente. Era un hombre fuerte y siniestro. Tenía ojos negros y hundidos en las cavidades, cuyas pupilas inyectas en sangre daban a su rostro una expresión horrible, y los labios largos y carnosos, plegables siempre en una sonrisa antipática y cínica.

—No está mal..., no está mal—murmuró como siempre que salía de su casa para dirigirse a la taberna—. Así aprenderá a ser comedia.

Por la acera opuesta, en dirección hacia él, avanzaba un muchacho joven y extremadamente pálido.

—Anda deprisa. Tu madre te espera—le gritó riendo.

El joven se detuvo, observándole con atención, y sintiendo cómo una violenta sacudida paralizaba sus miembros.

—¿Qué tienes en esa mano?—preguntó.

—No es nada... Sangre... Pero, vete a casa.

El tono con que pronunció las últimas palabras convenció al muchacho de la necesidad de marchar rápidamente; por otro lado, sabía que, como de costumbre, hallaría a la madre de bruces sobre el lecho, llorando dolorida.

Subió las escaleras pensando en ella y en su pasado.

¿Porqué era tan cobarde? Ciertamente no podía competir con aquel hombre que la martirizaba, pero existen armas y no era capaz de empuñar una.

Sonrió irónicamente. ¿Y era él el hombre que soñaba en glorias? ¡Bah!... Un "don nadie", un innecesario, eso sí que lo era. Su vida era la vida misera y asqueante del que todo lo confía al azar.

Penetró en el piso. Su madre, con la cabeza apoyada sobre la mesa del comedor, sollozaba.

—Vamos, mamá. No llores—murmuró, acariciándola.

Ella enjugó rápidamente sus lágrimas y sonrió.

—¿Te ha vuelto a pegar?

—No, no... Es que... pensaba.

El joven dejóse caer sobre una silla.

Entre los cachivaches viejos, desmantelados y sucios que componían el piso, los colores alegres de su corbata y el brillo del cuello almidonado parecían un sarcasmo.

Y él, tan débil, tan "señorito", con el corazón oprimido por un dolor que no acertaba a desbordarse en frases, abatió la cabeza y cerró los ojos...

II

Y mientras la madre y el hijo, unidos en un estrecho abrazo como para mejor infundirse fuerzas, para continuar resistiendo lo trágico de su vida, sollozan y recuerdan, Javier penetra en el bodegón, donde, en torno a una mesa mugrienta, sobre la cual destaca el negro de las fichas del dominó, le aguardan sus compañeros.

Cada día le observan antes de dirigirle la palabra. Todos saben que hay que temer a su fuerza descomunal a pesar de sus cincuenta años.

Todos saben también su historia, y la cuentan comentándola con guiños y cuchufletas dichas en voz baja y lanzando hacia él miradas recelosas. Una noche que uno tuvo la desgracia de hablar alto, vióse obligado a guardar cama durante quince días. A pesar de todo, la historia la repiten, y es esta...

Javier, de mozo, deseó con locura a su actual mujer. Era la muchacha más bonita y pinturera del barrio; los hombres la seguían por la calle entusiasmados, prendidos en el vuelo elegante de su falda y bañándose en el mar azul de sus pupilas.

El no la quería, pues su pecho, endurecido por el yodo del mar, del cual sacaba su sustento, fué siempre incapaz de atesorar un sentimiento noble. Se casó con ella porque era ésta la única forma de obtener su cuerpo maravilloso.

Y fué feliz durante un corto tiempo. Acudía a la taberna y sus amigos no debían temer sus fieros ímpetus; veía-se, contento, trasegar vaso tras vaso, y cuando, ya de madrugada, con las piernas vacilantes y el cerebro enturbiado, se levantaba de la mesa para dirigirse a su hogar, lo hacía sonriente, temblando de emoción y chispeantes de deseo sus ojillos fieros.

Un día le pegó, e inconstante, huyó durante cuatro años.

Cuando roto, embrutecido por una vida de disipación y de bajezas, volvió al hogar, su mujer estaba a punto de dar a luz. Ella, valiente, desafió sus iras. Amaba a un hombre y se había entregado a él.

Contra lo que era de esperar, Javier no la mató. Su cuerpo deforme le subyugó aún. Vió sus labios, aquellos labios pequeños y gordezuelos donde los besos, al romper, adquirían sonoridades de cristal, y los deseó de nuevo.

Y "perdonó". El rival, hombre al fin y, como tal, egoísta, temió y desapareció...

¡Qué calvario entonces! ¡Cuánto sufrió aquella mujer cuyo pecado consistía en amar a su hijo y a la vida!

Entre golpes, insultos y amenazas, transcurrieron para los dos desdichados veinte años. Cada día parecía colmada la medida de la resignación y cada día sumábase más humillaciones para ellos.

¡Ah! ¡Si Antonio hubiera sido más hombre! ¡Si sus músculos incultivos y exhaustos hubiesen adquirido más desarrollo, tiempo ha que habría acabado con el verdugo de su madre!

Pero no; era débil y enfermizo, como débil y enfermiza era la pasión en que fué concebido...

III

Poco a poco va llenándose de gente la taberna. Un público abigarrado, policromo y mísero hasta lo inconcebible. Se discute y se chilla. La atmósfera, cargada de humo y de vapores alcohólicos, hace llorar los ojos; los rostros se contraen, injuriándose entre sí, y a través de las vidrieras se ve cruzar al sereno, con el cuello del gabán levantado, temblando de frío y mirando con deseo hacia el interior de la taberna.

Todo extraño, ilógico, irreal; cada cerebro vive una vida que no es la suya y cada cuerpo vibra en un sentimiento que no es tal.

De pronto, una algarabía indescriptible. Se forma un grupo, que arremolinase en actitud amenazadora en torno a un hombre, Javier. El está en medio, empuñando un taburete y repartiendo golpes. Tres hombres han caído ya. Una lucha de titanes cuyo escenario hediondo y repugnante es marco adecuado para sus pasiones.

UN PERIODO MUESTRARIO

1932 - 1931

EN el período de cien años se practicaron en España todas las formas de Gobierno, con rectificaciones, con ensayos, con orientaciones tan opuestas que sólo por su riqueza inagotable y su complejidad privilegiada, las pudo resistir.

Un rey absolutista que fingía cambiar sus opiniones porque se reservaba la vileza de conspirar contra su pueblo, y consentía que su cetro fuese mercedado por las Cortes antes que devolverlo a la nación, y anulando una ley, perjudicial a su hija pero que favorecía a los Estados, desposeyó a su hermano de un derecho adquirido, y legó a su nación discordias de partidos que en sólo cuarenta años, se manifestaron en dos guerras.

Su sucesora, de tres años, en cuyo nombre gobernaron, además de su madre, políticos que tal vez carecieran de la imparcialidad que se precisa en el poder moderador, estuvo siempre prisionera entre barricadas de la calle, y camarillas palaciegas. Una de aquellas guerras mencionadas ponía pie forzado a los gobiernos, y Madrid soportaba asaltos a Palacio, revoluciones incesantes y expresiones de fuerza con que patriotas o caudillos confiaban sus triunfos al azar.

Y las espadas fueron triunfos durante todo ese reinado, y el Puente de Alcolea que separa dos campos parecidos, separó dos matices políticos de España que también se podrían confundir.

**

A continuación se proclamó un Gobierno que se llamó «provisional», como si no lo hubiesen sido cuantos le precedieron en el siglo; y un príncipe extranjero al que las Cortes, inspiradas en la voluntad de un general, fueron a suplirle que nos representara, nos rigiese, y recibiera en nuestro nombre a los representantes extranjeros, aceptó, al fin, regirnos; pero al año, abdicó...

Era la vez tercera que España confiaba el trono a un extranjero como si entre sus hijos no existiera quien con mayor derecho y dotes lo pudiese ocupar. Menos mal que esta vez otras naciones no la impusieron amo como si fuera una colonia suya, según tuvieron la osadía de quererle imponer fuorzosamente, cuando murió Carlos II.

**

Enseguida adaptamos a la escena política española, una obra muy antigua aunque iné-

dita en nuestra patria, pero altisonantemente declamada, y por falta de ensayos, fracasó. Las espadas volvieron a triunfar.

Restauración, nueva reforma de la Constitución, y el 86 un nuevo rey en cuyo nombre, aunque por cierto no lo tuvo hasta que seis meses más tarde vino al mundo—y por lo visto, hasta sin nombre es posible reinar!—y vuelta a estar regida España, durante otra regencia, por quien no nació en ella; desmembración de nuestra patria al perder territorios a que trasfusionamos nuestra sangre y eran provincias españolas con representación en nuestras Cortes; y varias de ellas se convirtieron en colonias de Estados con distinta idiosincrasia a la que por su propia raza tienen. Y en el Tratado de París figura que la desposesión de esas provincias se debe al acto innoble de haber sido volado por España un navío extranjero, y aun cuando se ha probado la calumnia, no se rectificó el acuerdo de París!

Luego reorganizamos nuestro pueblo convirtiéndolo en campo de deportes con sesión continua, y para no preocu-

arnos en crear una vida con sello nacional, compramos los productos de industrias extranjeras, hemos cambiado nuestros frutos — aunque nos quedemos en ayunas — por francos y por libras que en nuestro ambiente se hacen cobre, trocamos nuestras artes por un cubismo que carece de madre conocida, y hemos sustituido nuestra escena por revistas a base de mujeres que se desprenden de sus ropas para poder comer.

La neutralidad ante la guerra, que tanto pudo aprovecharse, no nos libró de las miserias que Caín desata, y en careció nuestra existencia porque aunque sin cañones, a nuestros convecinos los sitiábamos de hambre.

En los últimos años, la dictadura franca y el Gobierno al servicio de la misma, no los necesitamos recordar: lo que anotaremos complacidos, como detalles que demuestran que en tal período de cien años avanzó la cultura general, es que el pasado siglo asesinó a los frailes al decretar que fuesen expulsados, y ahora han sido expulsados respetando sus vidas... Ojalá la República siga desarrollándose en un plano en el que no existan las fobias.

Luis Rubio Amoedo

Y, minutos más tarde, Javier huye hacia su casa, oprimiéndose el costado izquierdo con las manos, por entre cuyos dedos resbala la sangre, dejando en el suelo su roja estela.

IV

Con grandes esfuerzos logra abrir la puerta del piso y el cuadro que aparece ante sus ojos, lejos de conmovérle, le irrita.

Sentados en un sillón, madre e hijo duermen estrechamente abrazados. La cabeza de ella descansa sobre el hombro de él, y en sus mejillas queda aún el surco oscuro que dejaron las lágrimas derramadas. Javier vocifera.

—María... Antonio... ¡Agua! ¡Deprisa!

Asustados, se levantan sin soltarse del brazo. Javier apóyase en el marco de la puerta y estertora. Comprende que su herida es mortal y Antonio, hombre por un momento, lo ve también.

—Déjalo, madre — dice — ¡Déjalo que muera como un perro!

Y acercándose al herido, continúa, implacable:

—Parece que hoy termina tu poderío ¡Miserable! Lástima que con tu sangre se haya manchado la navaja de un hombre. ¡Cuánto honor te

han hecho al herirte! Deberías haber muerto apaleado, escupido por los mismos que hasta ayer temían a tus manos.

La impotencia de su formidable adversario le da bríos y continúa apostrofándolo. La madre, silenciosa, prepara gasas y vendas.

INTERESA

A QUIENES NOS FAVOREZCAN CON EL ENVÍO DE ORIGINALES DESTINADOS A ESTA SECCION, QUE SE SIRVAN ESCRIBIR EN EL SOBRE LA INDICACION DE "PARA LA PAGINA LITERARIA". Y LES ADVERTIMOS QUE NO SE ABONAN OTROS ORIGINALES QUE LOS PREVIAMENTE SOLICITADOS, NI PODEMOS SOSTENER CORRESPONDENCIA SOBRE LOS NO PUBLICABLES

Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio

Javier se muere. Su cerebro nublase, no puede pensar, y sus ojos apenas logran percibir las imágenes. Un último deseo le domina. Quiere matar.

Y con una agilidad portentosa, sacando fuerza de donde no la hay, se lanza hacia delante en un salto magnífico, doblado como un arco, con el puño extendido y riendo, agónico.

Los dos hombres ruedan por el suelo. De los labios de Antonio sale la sangre a borbotones. Siente un dolor intenso que desgarras su cerebro y, a consecuencia del golpe recibido, se desvanece. Javier, de bruce, agoniza, sin vida ya.

Y la madre, rígida, con los ojos casi salidos de las órbitas, los contempla tendidos a sus pies y nota que algo muy hondo, muy doloroso, se rompe dentro de su pecho.

Por la puerta, que ha quedado abierta, penetran el sereno y dos policías...

Pedro Más de Valois

REJILLA DEL ARTE

UN PAISAJISTA AL MARGEN DE LOS PAISAJISTAS:

HACE algunos meses una representación del College Art Association de New York llegó a Barcelona con el fin principal de llevarse algunas telas de nuestros mejores artistas para una Exposición de sus exposiciones circulantes. Entre estos mejores artistas estaba M. Pidelaserra (Entre paréntesis: esta Exposición circulante de artistas catalanes ha obtenido un éxito extraordinario).

Cuatro años hace que M. Pidelaserra no exponía. Su última Exposición fué la del 7 de abril de 1928.

1. Desde aquella fecha hasta hoy M. Pidelaserra ha trabajado intensamente. Y Mariano Pidelaserra ha dicho, describiéndose, a este propósito:

—Yo he de trabajar porque sí. Porque he de trabajar. Exponga o no exponga. Ahora que pintar... lo que es pintar... eso es otra cosa. Sin pretensión dialéctica, para mí pintar es vivir. Yo creo, como todos pienso creerán, que necesito el afán de superación para vivir... y pintar. He sido víctima de los juicios contradictorios. En veces se me ha condenado en una autosugestión de fe. En veces en una rebeldía.

Yo pinto, y viene el verano... y hago mis vacaciones, un par de meses fuera. Vuelvo de las vacaciones y me siento en una mesa, como todo un profesor fuera de tribunal (los más dignos!) y hago pasar por la silla del discipulaje a todas mis telas pintadas. A unas suspendo, a otras apruebo. A las que suspendo... soy yo, el que impongo el auto de fe, ilas echo a una hoguera!

—???????? (diez interrogaciones en silencio).

—¡Esto de la hoguera es verdad! ¡Aseguro que lo que yo doy al examen del público me satisface! Por eso, en el caso de la crítica desfavorable del público, tengo la satisfacción de haber sido sincero conmigo mismo.

Yo considero el arte como una afirmación. Libremente afirmación. He observado que en algunos sectores hay un instinto, loable, de renovación. Pero ese instinto, lícito, muy lícito, hay quien lo aprovecha para finalidades mercantiles, y quien sin aprovecharlo para finalidades mercantiles, lo convierte en una fórmula. Y la fórmula en arte es negación

MARIANO PIDELASERRA

No temo el porvenir, ni para mí ni para los otros. El arte no puede morir, a no ser que todos fueren un día... artistas.

Estoy rozando mi plenitud, lo sé. De seguro. Lo siento.

2. M. Pidelaserra ha expuesto en la Sala Parés en esta primera quincena de mayo 8 figuras y 19 paisajes, que son según el Catálogo; 1, Retrato de la señora M. S. de S.; 2, Muchacha en blanco y rojo; 3, Muchacha sentada; 4, Muchacha de fuera; 5, Madre e hija; 6, La visita; 7, Hermano y hermana; 8, Joven; 9, Mañana de mayo; 10, Mediodía de julio; 11, Atardecer; 12, Después de la lluvia; 13, Tarde fría; 14, Invierno; 15, Frío; 16, El llano del río; 17, Marzo; 18, El río; y 19, Día nublado.

(Se me antoja que es conveniente tanto para el pintor, como para los espectadores del pintor tener a la vista la anotación ordenada de los cuadros de cada Exposición. ¡Quién sabe si más tarde cuando haya que rehacer la Historia de Nuestro Arte no será necesario consultar estas hojas volanderas de periódico donde nosotros los casi anónimos periodistas vamos señalando los pasos de la dinámica social! ¡Yo por ello lo hago, tomándolo a la vez como norma a seguir!)

3. En las telas de M. Pidelaserra, de la Exposición que reseñamos, se advierten dos tendencias, si no dispares, al menos nada concordantes: la de las figuras y la de los paisajes. Cualquiera no muy ducho, podrá apreciar que responden a un temperamento distinto. Un temperamento que se divide en dos (sabiendo que el pintor de uno y de otro es uno). Lo que merece atención por nuestra parte y, en ello no escatimamos aunque nos duela, los elogios, es a su temperamento sobre el paisaje. El paisaje de Pidelaserra no es un paisaje, primera afirmación. El paisaje de Pidelaserra tiene poco de realista, segunda. El paisaje de Pidelaserra sangra, tercera.

Hasta ahora, a pesar de que Cataluña es tierra abonada para los paisajistas por razón del carácter racial, no se ha presentado un paisajista que se pueda codear con M. Pidelaserra.

Se ha alabado el paisaje de Pidelaserra, y con ello se le ha tachado (creo ha sido por boca de Felíu Elías) de paisaje lírico. No comprendo el alcance del lirismo definido así. El lirismo en pintura como en literatura no es el subjetivismo, aunque el lírico sea un gran subjetivo. El lirismo es la transigencia con las digresiones, que hacen aun bajo una capa de singularidad concretar distintas atracciones realizadas por esa misma singularidad para completarse. El lirismo como tal y en esta consecuencia busca la necesidad de estas digresiones. No es la integración, la circunstancia de que le falte algo para completarse, y lo busque; es la necesidad de ello. Pondremos un ejemplo: El valor de un objeto, A, en sí; ese objeto colocado en B. o C. lugar alcanza otro valor; el objeto por morde su egoísmo procura ser colocado en el lugar en que vale más. Otro ejemplo de otra naturaleza: Una idea: esta idea en sí el vulgo no la alcanza, se le añade un calificativo para que la alcance, con el calificativo la idea se encariña, y la idea pierde el valor primitivo. Tanto el objeto que busca—por necesidad de su egolatría—, como la idea que se encariña con la circunstancia aquella de lugar y concomitancia son dos objetos líricos. Trasládes esto a la concepción del artista, y tenemos ya lo que puede ser el arte lírico. Un paisaje lírico lo concibo yo como un paisaje donde se ha buscado tanto el juego de la luz y del color y de las circunstancias externas de ambiente, que la fuerza del paisaje tal como lo concibió el artista ha quedado relegada, cuando no debe, a un segundo lugar.

El paisaje de Pidelaserra busca la trabazón de la energía. Y lo logra. Los árboles (todos los espectadores de la Exposición les han admirado y nadie ha sabido definir el por qué) no son árboles, son arterias de un cuerpo, frente a los nervios que son las líneas de las montañas y las casas y los caminos. Los árboles saltan zigzagueando, y no parecen solitarios, como locos que vengan a representar una ilusión del artista, sino que el

artista de tanto que le oprimían los ha escalonado así de trecho en trecho, como jalones. El fondo claro es el espectador de aquella soledad que sangra de los árboles. Se hunde para que viva sólo el juego de los árboles y sus accesorios. Que viva sólo el juego de los árboles en todo paisaje son el paisaje mismo.

Un poco de rima más del ambiente de los árboles con los árboles que espero el tiempo dará a Pidelaserra, y los paisajes serán perfectos.

Destacan sobre los demás, los títulos «Invierno», «El llano del río» y «El río».

En las figuras Pidelaserra no ha pretendido sin duda, por esa diversidad de temperamento suya que hemos antes anotado, otra cosa que inmovilizarlas para esculpir las en la inmovilización. Parecen hipnotizadas de una desproporción. Se conoce que ha intentado darles un matiz primitivo, de época casi post-diluviana (no decimos arte post-diluviano, ¡hay muy mal pensados!) mezclado con un arranque de salud si no moderna, al menos de no tanta prioridad. Las figuras de Pidelaserra en esta combinación de tiempos han quedado estancadas allá en el siglo XV, siglo XVI, entre las grandes esculturas de los «Nazarenos» de iglesias o «Santos» (rechonchones) de los conventos de autores anónimos, los «Nazarenos» y los «Santos» (rechonchones) inmotivados. Pidelaserra ha dado a sus figuras plasmadas sobre este molde, emoción, pero muy poca. Sólo la «Muchacha en blanco rojo», figura de movimiento interior, la «Muchacha de fuera» (la mejor entre sus figuras), de seguridad en sus labios que son toda una fotografía, la «Visita» de pícaro expresión en el entrecejo, y «Hermano y hermana» de ritmo no común, merecen alguna distinción, que no es del todo completa.

Colofón. — Como esto no es una monografía ni breve ni larga, de Pidelaserra, no puedo decir más. Me hubiera gustado delinearle, pero no puedo en un espacio y un tiempo tan breve como el que dispongo. Se lo prometo para la próxima Exposición que haga.

Augusto TURLUPINE

EL MUNDO MARCHA

LA CARCEL, LA CLINICA Y OTRAS COSAS POR EL ESTILO

Ya habrán leído ustedes que con ocasión del asesinato de esa pobre estanquera de Zaragoza, han escrito una carta o cosa así, los profesionales del robo en la que hablan de la "enfermedad" y diciendo que ellos no matan. Podemos, pues vivir tranquilos. Desde luego, los ladrones nos han perdonado la vida de ahora para siempre. Muchas gracias. En cuanto a la enfermedad a que aluden, es cosa que no sólo les afecta a ellos, sino a los criminales más feroces. Es decir, que cualquier amigo de los que a diario conviven con nosotros puede ser igualmente víctima del tifus que de una de esas terribles enfermedades sintomatizadas por un terrible asesinato.

He aquí algunos de los ejemplos más recientes.

En Church, pueblecito de las cercanías de Londres, un sastre que se llama Thomas Lummings, asesinó un día a su mujer, una pobre vieja de más de sesenta años. Pero después de cometido el crimen recordó que a la misma hora, poco más o menos, saldría de la iglesia una procesión para recorrer un Vía Crucis. El sastre, que en el fondo es un buen cristiano, separóse de la muerta y fué a cumplir su deber religioso. Arrodillado ante uno de los "misterios", le detuvo la policía. En este caso, la enfermedad del asesino parece indudable. Evidentemente se trata de un loco. Por desgracia para él, la justicia inglesa es la más refractaria a las hipótesis patológicas. De modo que de seguro que le ahorcarán provisionalmente, sin perjuicio de atribuir a los cultivadores de la medicina legal todos los poderes para que hagan las investigaciones que se les antojen sobre el ahoreado.

Otra de estas noticias de enfermos presidiarios llega de Fraga. También en un pueblecito — todas las cosas sangrientamente horribles ocurren en los pueblecitos patibulares — un hombre que pedía limosna quiso vengarse de la falta de caridad de quienes se negaron a soco-

rrerle. Y halló una fórmula magnífica. Esta: incendiar unas cuantas casas de labor.

Así lo hizo. El fuego ha destruido trece granjas. El número de animales muertos en la monstruosa hoguera es muy grande. En cuanto a las personas, han quedado sin techo que las cobije setenta familias.

Pero esto ya es otra cosa. Aquí lo verdaderamente triste es la hecatombe producida entre los pobres animales, que en fin de cuentas estaban en su mayor parte destinados a morir para alimentar a los hombres en buena relación con la fortuna. En cuanto a esas setenta familias a las que el fuego arroja a la calle, hállese ahora ni más ni menos que como el propio mendigo incendiario. De modo que este, al fin de todo, no ha hecho sino sumar a su misma condición setenta familias. En el fondo, el tal ni siquiera ha robado como roban los enfermos reclusos en las cárceles de España, que escriben cartas a los periódicos para sugerir la posibilidad de que los creamos convalecientes.

Praga, además, necesita mendigos como éste para que no llegue a extinguirse la tradición de sus historias melodramáticas.

Es mucho peor lo que acaba de ocurrir en Jena. Aquí se trata del juez Meurer, víctima de una depresión nerviosa. El juez Meurer ha matado a tiros a toda su familia. A su madre. A la mujer, de quien estaba divorciado. A la muchacha con la que se dice que iba a volverse a casar. A su padre. Y a sus tres hijos.

La historia del juez Meurer, de Jena, es realmente horrible como puede verse. Claro que un juez tiene obligación de hacerse justicia a sí propio. Y el de Jena no ha vacilado en cumplirla. Y antes de que los vecinos echaran la puerta abajo, se levantó la tapa de los sesos.

Aquí sí cabe aceptar la hipótesis de que el drama es obra de un enfermo. Pues es que este enfermo ha sido él mismo una de sus víctimas. Es posible también que atribuir estos horrores a causas patológicas no signifique en el fondo sino un fracaso de la psicología. En todo caso, en enfermos de este linaje no es lógico aplicar los medios de curación ni de profilaxis que por lo común se aplican en los que, no solo son inofensivos, sino que viven a merced del cuidado ajeno. Cabe correr el riesgo de afrontar un contacto que puede ser mortal y contraerle en el ejercicio de la filantropía. Pero es absurdo exponerse a morir porque el vecino sea un enfermo de los que tienen una dolencia que les obliga a matar.

El último ejemplo que se nos ofrece es sin duda el más inverosímil. He lo aquí: hace unas semanas los viajeros del exprés Marsella-Génova fueron atacados por un bandido, al modo clásico de los ladrones de trenes. Cubierto el rostro con una capucha negra, en la que brillaban dos ojos relampagueantes, entró en los departamentos con un par de pistolas.

—¡Manos arriba!

Otro bandido registraba concienzudamente a hombres y mujeres y los dos desapare-

cieron con lo robado, no sin antes amenazar a sus víctimas con matarlos de hacer el más leve movimiento en solicitud de auxilio.

Pues ahora resulta que el audaz ladrón del rápido París-Génova es un infeliz hortera que consume su juventud en París, detrás de un mostrador de "Le bon marché".

¿Qué es lo que le hubo de impulsar a resolución que, por lo que se ve, es terminantemente contradictoria con su vida ejemplar y apacible hasta ahora? Pues esto: una crisis de neurastenia. Es decir, que cuando creíamos que la neurosis no existe hace muchos años, porque no fué sino una torpe arruga literaria, expresión del último romanticismo obstinado en revivir en la agonía del siglo XIX, he aquí que nos la volvemos a encontrar con una apariencia melodramática al modo americano.

Ahora bien, me figuro yo que este pobre neurasténico no regresará en muchos años al ejercicio de sus serenas actividades de vendedor de batista. Porque si los ladrones y los asesinos se han transformado en enfermos, los jueces se han transformado en médicos, y sus hospitales se llaman cárceles, y sus cirujanos se llaman verdugos.

En definitiva, esto es como todo: una cuestión de palabras.

GIL ALONSO

LA CORRESPONDENCIA
ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA,
NUMERO 9, 2.º, 2.ª
BARCELONA

SI DESEA QUE SU NEGOCIO PROSPERE
ANUNCIESE EN LA CALLE

INGENUIDADES

LA CARIDAD, LOS MUCHACHOS, LAS MUJERES Y EL COLOR

El domingo pasado se celebró una fiesta de caridad, una de esas fiestas de que no sabemos hasta qué punto se puede decir que sean fiestas. Consistió en que unos muchachos, provistos de una hucha detenían a los transeúntes para prender en su solapa no sabemos qué emblema, a cambio de unas monedas que debían pasar por la hendidura de la hucha.

Vimos cómo nadie hacía caso a los muchachos, cómo nadie reparaba en que la colecta tenía un elevado destino: la lucha contra la mortandad infantil.

Los transeúntes al sentirse «atracados», miraban con extrañeza al pequeño atracador y después lo apartaban de sí, desviaban su mano, antes de que les hubieran prendido el emblema, y seguían su camino.

A nosotros, ante esto, se nos ocurrió filosofar.

Gran error implorar caridad mediante unos muchachos, por contera, mal vestidos.

La caridad, sobre todo esta caridad de las fiestas benéficas, es algo así como la fiesta de toros: una «cosa» que necesita mujeres y color.

«La fiesta de la flor», que hemos presenciado en años anteriores, tenía eso: mujeres. Y mujeres vestidas de rosa, de azul, de blanco, de verde, de rojo. O sea: color.

Es una verdad triste que esto sea así; pero precisamente por ser triste es más verdad.

UN INGENUO

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE", PLAZA DE CATALUÑA, NUMERO 9, 2.º, 2.ª BARCELONA



Más de un año de esfuerzos inútiles. —(Dibujo de Arnal)

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en
 calle de pueblo de
 provincia de se suscribe por
 a **la calle.** Firma

Remítase este Boletín a la Administración de LA CALLE, Pl. Cataluña, 9—BARCELONA

E S C E N I C A S

«ANGÉLICA GRELOT, ESTRELLA DE MODA»

HE aquí una farsa cómica —la estrenada en el Romea— que es más, infinitamente más, que una farsa cómica.

Francisco Presas, al escribirla, probablemente se subió a la localidad más alta, y atalayó, desde allí, las cien mil cabezas del espectador colectivo; manejando un rayo X maravilloso, averiguó el “más dentro” de cada cráneo, y se marchó después a encerrarse en su cuarto de trabajo.

Por todo esto, pudo ser posible lo insólito de una obra teatral que “da al César lo que es del César”, que da risa a los que ríen y da tesis a los que piensan.

¿Tesis? ¿Porqué no? ¿Cuántas veces no se esconde un tratado de moral tras del biombo—de colorines—de un humorista? ¿O es que entre el humorismo de Fernández Flórez, con Pitigrilli, a un lado, y el de Luigi Pirandello, al otro, no ha de haber un espacio—y aun un sitio—para el humorismo de Francisco Presas?

Como siempre, el máximo porcentaje de espectadores resbaló por la comedia—¿no

comedia en tres actos,
de Francisco Presas

sería al revés, que la comedia resbaló, sin hincarse, en el máximo porcentaje de espectadores?—, sin encontrar en ella nada más—un nada más que, en este caso, vale por un nada menos—que esas “1525 riallades” que, al caer el telón la noche del estreno, pasaron por Contaduría a recibir órdenes y les dieron la de asomarse, desde entonces, cada mañana y cada tarde, a la ventanilla de anuncios de la Prensa.

Pero el otro porcentaje, el mínimo porcentaje, se adentró en la farsa—o se dejó perforar por ella—y le vió la entraña. Esa entraña, ese fondo que, como dijo un crítico—tan gran crítico como gran amigo nuestro—, puede hallarse, inclusive, en Terencio. Ciertamente. Y, también, en el “preterencianismo”. ¡Como que es entraña, fondo de Humanidad! Y la humanidad coetánea de Terencio, como la Humanidad coetánea, por ejemplo, de Ramsés, y la Humanidad coetánea del post-apocalipsis—si ha de ser—

pueden cambiar de traje y aun de ritmo, pero no pueden cambiar de entraña ni de fondo.

.....

.....

¿Qué hemos querido dar a entender con todo esto?

Sencillamente, que en ningún caso con tanta exactitud como en este puede decirse que una obra escénica haya merecido el aplauso simultáneo del público y de la crítica.

Pero tanto más altos son los merecimientos de su autor cuanto que es mayor la dificultad de mezclar lo “útil” a lo “dulce”, como en la preceptiva horaciana, en un género como este de la farsa cómica, que, generalmente, lleva a sus cultivadores al naufragio, entre el Caribdis de lo risible y el Escila de lo trascendental. Sortear esta inminencia, hallarse de nuevo sobre aguas tranquilas y volver el rostro con gesto de triunfador a ver burlados los peligros entre que se desafió a la suerte, vencéndola, he aquí lo que para Francisco

Presas significa el éxito rotundo y totalísimo con que fué recibida su “Angélica Grelot...”

Digamos de la interpretación que fué más que excelente. Comedia de conjunto, bastaría decir que halló en el del Romea su más ajustada versión. Pero conviene destacar la labor de María Vila, que en su interpretación de “Angélica Grelot” puso de manifiesto una vez más sus dotes excepcionales de artista completa. Muy bien Pius Daví, en un papel difícil que encarnó justamente. Gimbernat acertó su personaje de tal forma que hizo una creación. Muy justo Ramón Tor, que sabe dominar su gesto y su palabra. De ellos añadiremos que Amorós tuvo una de sus más felices intervenciones. Muy bien Viñes y Ventajols. De la otra orilla, las señoras Morera y Guart encarnaron a Maravilla su papel. Y todas—las señoras Morató, Bofill y Carlets—, en fin, merecieron el aplauso de la concurrencia, que interrumpió con frecuencia la representación.

Manuel de TALMA

Nicolás Jordán de Urríes estrenó «Un señor»

INTENCION de comedia, y, además, de comedia “cur-si”, es el verdadero subtítulo que el señor Jordán de Urríes debiera haber puesto a “Un señor” (tres actos estrenados recientemente en el “Barcelona”).

Conocemos al señor Jordán de Urríes, es decir, al posible—y problemático—autor, que hay dentro del señor Jordán de Urríes, desde que hizo su primera salida con “Ecos de Sociedad”, en el “Beatriz”, de la entonces corte; escenas de comedia, sacadas a flote, no sin fatiga, por la maestría de María Luisa Moneró y Mario Victorero.

Y, así como en presencia de otros autores nuevos, adivina-

mos muchas veces una posibilidad risueña; en aquella ocasión sentimos el efecto de hallarnos ante un comediógrafo que ha dado cuanto podía dar. ¡Y se trataba de su producción primera! Aquella impresión nuestra queda confirmada plenamente por este “Un señor” de inhábil factura, absurda trama y convencionalísimo desenlace.

Tras éste, se escucharon aplausos en la sala del “Barcelona”, aplausos, sin duda, estimulantes para el autor y de recompensa para los intérpretes. Recompensa, desde luego, bien merecida; porque encarnar obras como ésta representa mayor esfuerzo y mayor

EN EL GOYA

«SEIS MESES Y UN DÍA»

de Luis F. de Sevilla

EL autor de «Carracuca» ha escrito con «Seis meses y un día» un juguete cómico que pareciéndose como se parece, a todos, tiene, por la gracia con que se mueven sus personajes y por la naturalidad con que el chiste brota del diálogo y de la situación la cualidad, más que apreciable, de no caer un instante en lo chabacano de la astracánada.

Luis Fernández de Sevilla es hombre de gusto que no reuerce situaciones ni asunto

derroche de energía que interpretar un “Sansón” diez veces consecutivas.

M. de T.

para exprimirlos y extraer una frasecilla que despierte en el espectador una retorcida hilaridad. Ingenioso, sabe enfocar— como ya nos demostró en «Carracuca» — los asuntos más fútiles o graves desde un ángulo de fino humorismo. Con «Seis meses y un día» Fernández de Sevilla ha escrito un auténtico juguete cómico, con sus personajes de farsa, finamente caricaturescos y la gracia abundante y natural.

La interpretación muy ajustada, con Juan Bonafé que hace filigranas. El público gustó mucho de la obra, que obtuvo un éxito.

J. R. DE L.

CINEMATOGRAFICAS

PANTALLA DE ESTRENOS

FEMINA

«Para alcanzar la luna»

Acostumbrados como estábamos a ver un Douglas Fairbanks acrobático, exótico, encarnando personajes más o menos absurdos, no era posible menos de extrañarnos ver otro Douglas Fairbanks más moderno, más de ambiente, como se presenta en «Para alcanzar la luna», película de los Artistas Asociados, estrenada la semana pasada en el Fémina.

Aunque si bien es cierto que el celebrado intérprete de innumerables películas de aventuras conserva en esta última producción un poco de su característica personalidad anterior, también es cierto que ha «refinado» su condición de artista, mostrándose más natural y ajustado. En su rol de Larry Day, personaje simbólico de esa falange de afebra-

dos hombres de negocios que tanto abundan en la ciudad del dólar y el puñetazo, Fairbanks luce una vez más sus excelentes y peculiares condiciones de intérprete.

La película en sí, carece de valor argumental. Trata simplemente de las aventuras de un bolsista neoyorkino que se enamora de una mujer, la que se burla de él y va en pos de ella, abandonando sus negocios, lo que le provoca la ruina. Pero al fin el hombre logra conquistar el amor de la mujer que tantos sacrificios le ha costado. Buenos pasajes de comedia con excelentes efectos de risa valoran en sí el asunto argumental, desarrollándose la película en un ambiente lujoso y no carentes las escenas de buen gusto.

Bebé Daniels secunda con eficacia a Douglas Fairbanks

en el rol protagónico, como asimismo el actor que hace de criado y se muestra graciosísimo en el suyo.

TIVOLI

«La calle»

Lo más admirable de esta obra de King Vidor es su técnica, esa técnica en verdad admirable y que huye de la escenografía que se «fabrica» en el estudio. «La calle», como su título indica, es el alma de esta producción y lo que da vida a todas sus escenas. La cámara ha captado todo un desfile de figuras humanas y todos los paisajes urbanos que se delinean en un barrio extremo de gran ciudad. Belleza de fachadas, canción del arroyo, sombras diurnas y nocturnas. Los pregones mañaneros, el ir y venir del trabajo. Fiebre cotidiana. Todo con un ritmo

con diferentes colores e igual monotonía. Pero a veces un suceso que hace asomarse a todos los vecinos por las ventanas y balcones de la casa, rompe la monotonía urbana y es entonces cuando la calle adquiere un tinte de tragedia y acelera su ritmo habitual. Y he aquí que en «La calle», la hermosa producción editada por los Artistas Asociados, se ven todas esas cosas con un verismo absoluto, embellecido más bien por la magia del objetivo cinematográfico.

En la interpretación, admirable por parte de los protagonistas William Collier y Sylvia Sidney, sobresale también el arte de otros actores que junto con los indicados hacen de «La calle», una bella producción no elogiada como se merece.

(Continúa en la pág. 31)

NO DEJEN DE VER

la más formidable creación del
célebre actor de carácter
WALTER HUSTON

LA CASA DE LA DISCORDIA

con KENT DOUGLASS
HELEN CHANDLER y

COMPENSACION

Comedia dramática con SIDNEY FOX : RUSSELL GLEASON

Un doble programa UNIVERSAL
que se proyecta todos los días en

CAPITOL

MUNDO CINEGRÁFICO



Walter Huston, en la interesante producción de la Universal, «La casa de la discordia»

313-1-44

John Barrymore y Marian Marsh, en una escena de «Svengali»



s. 62



Si quiere usted sentirse estremecido por las fuerzas invisibles que rigen nuestra vida contra nuestra voluntad, no deje de ver a

JOHN BARRYMORE

SVENGALI

con MARIAN MARSH

Exclusiva ALMIRA

«Himatschal»

Película documental, presentada por la casa Art-Film y en la que se pone de manifiesto el riesgo y la audacia de un puñado de hombres que al servicio del arte y de la ciencia bordean ríos, escalan cumbres, atraviesan montañas hasta ganar la más alta meta del Himalaya.

Mediante una oportuna explicación en español se entera el público de los preparativos e itinerario que han de recorrer los valientes exploradores, continuando asimismo la ex-

plicación a lo largo de casi todas las escenas de la cinta.

La película aunque un poco pesada por su duración, mantiene el interés del espectador, lo ilustra y hace que admire todos los bellos paisajes y todas las emociones de los expedicionarios que la cámara sabia ha sabido captar con tanta fidelidad y belleza.

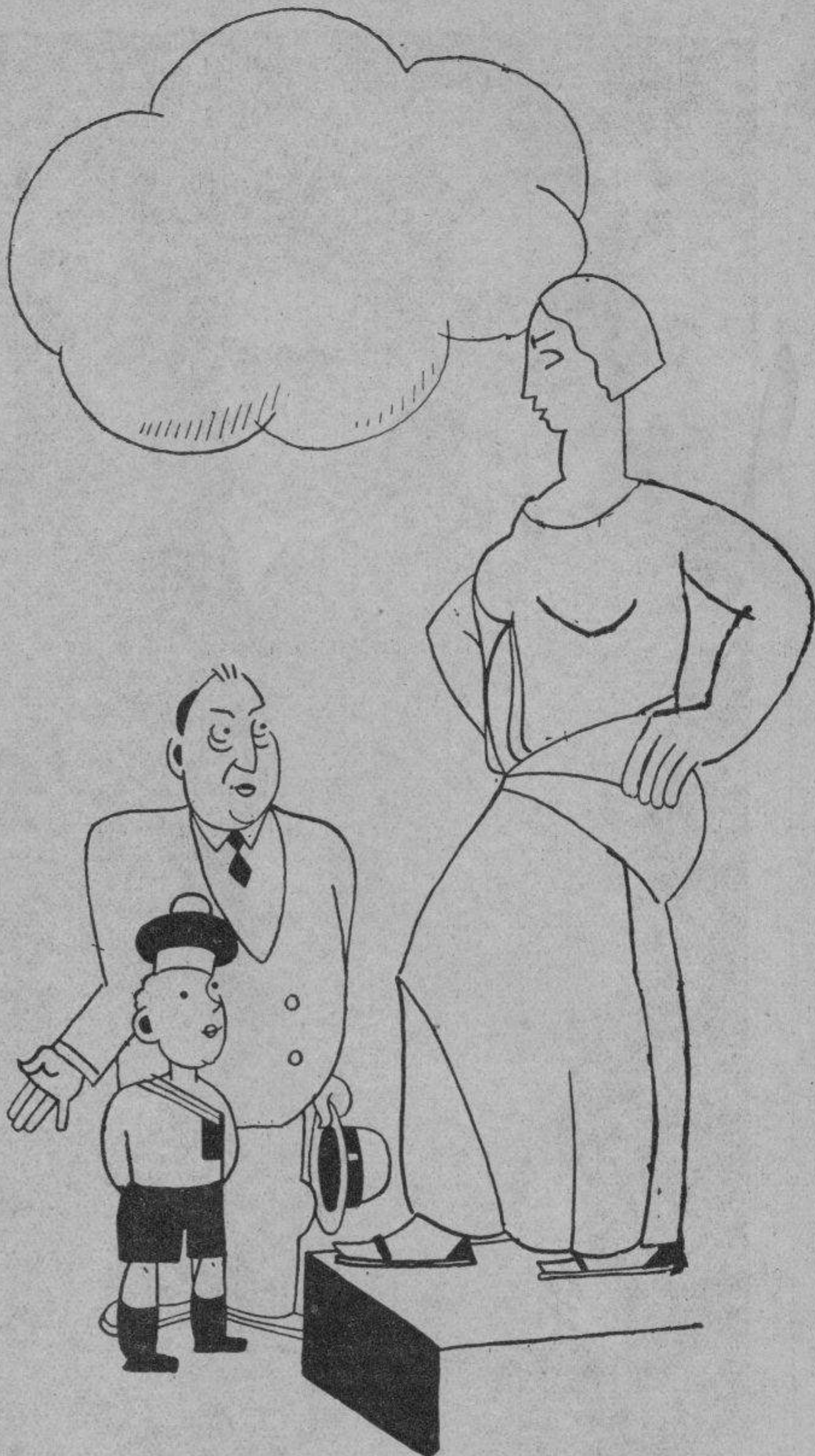
SENY



— INSERTE SUS ANUNCIOS EN

LA CALLE

Y PROGRESARA SU COMERCIO



—¿Porqué, papá, la victoria se representa por una mujer?

—Ya lo sabrás cuando te hayas casado.

Interesa a los señores Editores

EN LA PAGINA DE NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS DE "LA CALLE" PUBLICAREMOS NOTAS CRITICAS RELATIVAS A TODOS AQUELLOS LIBROS DE QUE SE NOS REMITAN DOS EJEMPLARES, ADEMAS DE LO CUAL PUBLICAREMOS EXTENSAS CRONICAS REFERENTES A AQUELLAS OBRAS QUE SU IMPORTANCIA LITERARIA, ARTISTICA O CIENTIFICA LO MEREZCAN

EL FARO

HOSPITAL, 127

TELEFONO 18241

ALMACENES DE SASTRERIA A MEDIDA Y ROPAS CONFECIONADAS PARA CABALLERO Y NIÑOS, A PRECIOS MUY BARATOS



LA INTERVENCION DE DON ALEJANDRO LERROUX EN LOS DEBATES DEL ESTATUTO DE CATALUÑA
Madrid.—En el Congreso de los Diputados. El señor Lerroux, al salir del Salón de Sesiones, el viernes último, después de pronunciar el gran discurso con que fijó la actitud del Partido Radical acerca del Estatuto de Cataluña. — (Fot. Piortiz)